

FINISTERRE

Revista de Galicia



"MAÑANA DE OTOÑO DESDE MI ESTUDIO"

POR M. ABELENDA

CUADRO PREMIADO CON TERCERA MEDALLA EN LA EXPOSICIÓN
NACIONAL DE BELLAS ARTES RECIENTEMENTE CELEBRADA EN MADRID

(Información crítica en las páginas interiores)

PRECIO

2

PTS

AÑO I

NUM. 2

"PINTAZUL" PARA LAVAR

"D A S P U M A" PARA FREGAR

JABONCILLO BLANDO,
PASTA DETERSIVA
para Pintura de Barcos

FÁBRICA DE JABONES
PINTURAS Y PRODUCTOS SINTÉTICOS



TELÉFONO 208

Telegramas: LABORIN

Joaquín Costa, 110

PONTEVEDRA

ACEITES DE OLIVA - ACEITUNAS
HARINAS - JABONES - PERFUMERÍA
MADERAS - VINOS FINOS DE MO-
RILES - COÑACS - VERMOUTH.

CARBONELL y Cía. DE CORDOBA, S. A.

CASA CENTRAL EN CÓRDOBA

CAPITAL SOCIAL: 50.000.000 DE PESETAS

SUCURSAL DE
VILLAGARCIA DE AROSA (Pontevedra)
Teléfono 154 - Apartado 51

OFICINAS: Rosalía de Castro s/n

ALMACENE
Muelles de Ferrazo
Barrio de la Prosperidad
Muelle de Puenteceures

SUCURSALES en: Aguilar de la Frontera,
Castro del Río, Granada, Jaén, Madrid,
Melilla, Montoro, Sevilla.

ASERRADEROS

Puente - Beluso - Boiro (La Coruña)

VINOS

Y

COÑACS

ALVEAR

MONTILLA

PONTEVEDRA, OCTUBRE DE 1943

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL ILUSTRADA

Director-Propietario: EMILIO CANDA • Redactor-Jefe: CELSO EMILIO FERREIRO

Redacción y Administración: Joaquín Costa, 8 • Talleres: "Gráficas Torres", D. Filiberto, 9. Tel. 202

EN EL DÍA DEL CAUDILLO

PERFIL HUMANO DE FRANCO

¿Cómo es Franco?...

Es difícil penetrar en el alma de un hombre, sobre todo cuando, como en el caso presente, se carece de la perspectiva histórica que es la encargada de dar la medida justa de las cosas.

A mí, como simple ser humano—siquiera abrigó la pretensión de pasar por biógrafo—, Franco me parece un hombre al que cuando menos, le adornan, de manera acusada e innegable, las virtudes siguientes:

Franco es un gran soldado, sólo comparable a los más grandes Generales de nuestra Historia. Las pruebas están en su biografía y en nuestra guerra pasada.

Franco es un hombre que se conoce a sí mismo, que somete a valoración sus actos, y que regula con plena conciencia, la propia conducta.

Franco es un hombre, que por conocerse a sí mismo, cala fácilmente en el alma humana, conoce a quienes le rodean y sabe captarse su afecto.

Franco es un hombre extraordinariamente modesto y que huye del halago, porque no cree en él y lo reprueba. Lleva el uniforme ordinario de General, no exhibe casi nunca las condecoraciones que ganó sobre los campos de batalla y percibe el mismo sueldo de General que cobraba antes de la guerra.



Franco es un hombre de una tenacísima voluntad: Organiza en unos meses la Academia General Militar; estudia inglés tres días antes de estallar el Movimiento...

Franco es un hombre ponderado, flemático y dueño de sus nervios: No hay un solo momento, en su vida de militar y de político, que no lo pruebe así.

Franco es un hombre que tiene un concepto sagrado del deber: y, por lo tanto, de la justicia y de la sana disciplina.

Franco es un hombre que ama la vida familiar, que rinde culto a la instituciones básicas y tradicionales de la Patria y que, por ello, y antes que nada, es todo un español: *un gran patriota*. Es decir, Franco es un hombre humanísimo, porque así lo exige su vida y el ambiente en que siempre se forjó su alma.

René Benjamín, le compara a Joffre, y escribe: «La misma gran comprensión de la capacidad del soldado, la misma calma superior.

Como Joffre, Franco tampoco se intimida ante ningún obstáculo y tiene su misma calma de hombre superior.»

«Franco no conoce hasta ahora ni una sola derrota, y si se le dice, lo oye con esa sencillez, esa modestia, que sólo se encuentra en los hombres verdaderamente extraordinarios»... — L. MOURE-MARIÑO.



Fray Benito Jerónimo Feijóo

EN la visita del Caudillo al monasterio de Samos—sede de la cultura y la paciencia, las dos alas benedictinas—la salutación del abad mitrado tiene las virtudes litúrgicas de un óleo, al exaltar «a nuestro siempre venerado padre maestro, fray Benito Jerónimo Feijóo».

La mención de este nombre, gloria de la Orden y honor de España, se complacen rememorar «al eximio hijo del interior de este cenobio, donde tomó el hábito, donde se recogió en oración, donde conservamos su celda y los libros de su uso, que logramos recuperar».

De esta celda de Samos, en cuya humildad eremítica alienta con el «timor Domini» el principio de la sabiduría, valora un tiempo por los ámbitos letrados, con los remotes del estudio y del ingenio, la paloma simbólica, no sólo sobre la España, ya decaída en Salamanca mustia y Alcalá marchita, sino sobre la Europa, erguida aún en la Sorbona aristotélica y en la Bolonia escolástica. La vida de varón tan singular, cuya bibliografía reviviera la condesa de Pardo Bazán en su *Nuevo teatro crítico*, alcanza en nuestros días una revisión extraordinaria. El estudio de Marañón sobre «las ideas biológicas de Feijóo»; el de Montero Díaz, sobre «las ideas estéticas»; el de fray Justo Pérez de Urbel, «Semblanzas benedictinas, Monjes ilustres» y el prólogo de Entrambasaguas a la Antología en los *Breviarios del Pensamiento español*, entregan la obra de Feijóo «a las disputas de los hombres». La revisión adquiere ahora, en labios del abad mitrado, un carácter definitivo, inapelable. Feijóo es el hijo eximio de la Orden, y la celda de Samos, el tabernáculo benedictino. El autor del *Teatro crítico* es, por antonomasia, el literato. Para él, la curiosidad mental no es, como lo era para Lucrecio, un castigo, sino un deleite. Los vastos panoramas intelectuales se ofrecen a su ánimo como al primer hombre los del Paraíso. Es un espíritu adolescente—novio, colegial—por el entusiasmo y la inquietud. Tiene el sentido de la variedad, de la amenidad. Se interesa por todo. Interesa a todos. Lo mismo habla «del sistema filosófico de Newton» que del «exterminio de los ladrones». Igualmente diserta sobre «Raimundo Lulio» que «sobre el tránsito de las arañas de un tejado a otro». Esto, ¿qué es sino periodismo? Periodismo elegante, vario, ágil, ejercido a mediados del siglo

LA CELDA DE SAMOS

Por CRISTOBAL DE CASTRO

XVIII, modelo para periodistas de bien entrado el siglo XX. ¿Qué es esto sino amenidad? Amenidad letrada, engalanada, blasonada; no envilecida en el arroyo, hollada por el populacho. Amenidad del XVIII, el siglo farra-goso, enfático, pedante, filofista; más jugosa, fresca y lo-zana que la amenidad del XX, el siglo de la amenidad.

Ningún contemporáneo de Feijóo tuvo tanta celebridad, tanta autoridad. Ninguno fué, como él, traducido al italiano, al francés, al inglés, al portugués, al alemán. Ninguno, ni entonces ni ahora, vende, como vendió Feijóo más de medio millón de ejemplares en unos meses!

Con él vamos de asombro en asombro. Resulta que hasta los cincuenta años bien corridos permanece inédito. Pero, en 1786, por Septiembre, publica el primer tomo de su *Teatro crítico*. Y ya a los pocos meses, va su nombre de boca en boca, de pueblo en pueblo. ¿De qué trata el tan renombrado libro? No es novela, ni poesía, ni filosofía, ni religión. Es una mezcla, amena y sabia, de estas cosas y de otras mil. Es, sencillamente, un periódico, cuyo sumario anticipa la gran revista moderna. Ese filtro sutil digno de Nostradamus o de Ariosto, enardece bien pronto al público. Todas las profesiones lo absorben con avidez. En todas va acusando extraordinario efecto.

Apenas publicado el tomo, se enzarzan en disputas los médicos. Contienen con furia los músicos. Tercian bruscos y detonantes los matemáticos y astrólogos. Estallan motines de filósofos y toscas grescas de barberos. Todo el especialismo se alía contra la variedad. Y entonces, como un mayorazgo de la poligrafía, para defenderla y honrarla, entra en reñida lid el polemista.

Solo y aislado, lucha contra todos y los vence. Desde aquella celda de Samos, en las neblinas célticas, el ágil y pulido entendimiento afina su estrategia de erudición, su táctica de amenidad. Y de fábrica tan insigne salen las nobles armas de la réplica y la victoria.

A los dos meses, el especialismo se divide. Sus muros se agrietan. Unos médicos dan sobre otros. Unos músicos arremeten a otros músicos. Se acabó la técnica. Feijóo, como un San Jorge de la amenidad, alancea al dragón del aburrimiento... «Los sabios—escribe el padre Aguirre—apellidaban a Feijóo «Fénix de los Ingenios» de su siglo, máximo de los eruditos de su tiempo, maestro de maestros, Demóstenes español, Cicerón castellano».

Y si alguien lo dudare, decimos nosotros, tome un volumen de Feijóo. Con leerlo basta.



Fachada de la iglesia del Monasterio de Samos

POR qué nos resistimos a creerlo? Se confirman casi siempre las malas noticias y el estío abrasador de este año no habrá perdonado ni aún a los frescos y hondos «sábregos» en que enraizan, quizá desde el primer Borbón, la casa y la cepa de «A Porta do Lameiro», en la ribera del Miño, entre la puente de Orense y la puente de Castrelo. Dicen que ha muerto la cepa, único sostén y motivo hace siglos generoso, del parral de aquella casa. Lo más sencillo sería preguntar a uno de los pocos labriegos que aún admiten una conversación de diez minutos sobre cosas antiguas, bellas e indiferentes a la ganancia, o apartarnos un poco de nuestro camino y entreabrir la puerta del patio de la casa. Es la misma en que de niños dibujábamos con tiza los perfiles de las islas del archipiélago malayo. Las piedras del portal en cuyo dintel el musgo atenúa el orgullo de una fecha, nos conocen de antiguo. Preferimos no constatar la verdad o mentira del rumor, y quedarnos con una llamita de esperanza.

La cepa resistió a la capciosa e implacable epidemia de la filoxera. Eran tristes las primaveras en el valle y cada atóño cuajaba en desesperanzas de cobres y amarantos la certidumbre de la muerte de las viñas. No fulgía el sol en los pámpanos cloróticos. Los pocos racimos maduraban lentos, las avispas se refugiaban irritadas en las hiedras de los muros, en la tierra abandonada florecían las digitales amigas de las ruinas, en las pipas y pipotes vacíos resonaban lugubramente las palabras pronunciadas en las bodegas. El Noviembre y sus vientos elegiacos arrancaron muy pronto las hojas de la cepa del patio de A Porta do Lameiro y la contorsionada escultura de su tronco parecía expresar un dolor. Pero la cepa resistió con un cierto desdén aristocrático a las contingencias de los tiempos y cuando la nueva vid «americana» repoblaba las cuestas y los llanos del valle, la noble cepa cargada de memorias siguió fiel a su estirpe madurando los racimos del caño, potente y fresco, sabor de cuarzo y de mañana de Mayo, que concede al vino la fuerza y la expresión de la tierra como en el francés de Rabelais, en el castellano del Arcipreste, en el gallego de los Cancioneros las voces y los giros de savia paisana y eterna.

Nació en la tierra seca y pisada entre las puertas de la cocina y del hogar, y el tronco fuerte y flexuoso como columna barroca, obediente a una tensión de voluntad energética; se dividía en ramas nudosas y tendidas cubriendo el rectángulo del patio, entre muros de piedra, con la pompa fastuosa y delicada de sus pámpanos y racimos y la fantasía casi irreal de nube inmovilizada de crepúsculos de sus cromáticas de otoño. Las variaciones estacionales se registraban y matizaban expresivamente en la vieja cepa. Era la sensibilidad del valle y del paisaje y el archivo generoso de su historia. Merecía un nombre, y un culto trágico como en los orígenes del teatro griego. Despojada, en las noches de luna invernal, en el ensueño de las nieblas, en la abstracción de las heladas, de la negra trama de la cepa se desprendía una lección de esquemática perseverancia y de viejas y gratas historias.

La primera insinuación del tiempo nuevo suscitaba en el parral un gozoso brotar de yemas al compás de los scherzos matinales del mirlo y en Mayo las sombras aún ingenuas de las frondas trazaban en el breve ambiente del patio la huella del pasar de las horas espe-

ranzadas. Cuando pintaban las primeras uvas y el calmo sol del mes de Santiago fulgía en los penedos de las cuestas y buscaba avaricioso el húmedo secreto de las fuentes entre los mimbrales, el amparo verde y denso de la parra hacía más grato el jarro de vino de la pipa arcada de roble de la bodega de frescor de gruta. Conversaban los patrones de la aldea y el camino en descanso de táticas arenas se detenía ante el portal para escucharles. Hablaban de los viejos priores de largas mangas benedictinas, de los hidalgos que descendían en valientes caballos por las cuestas desde la montaña para la vendimia, la trasiega y la venta del vino, de los bandidos, del primer carromato que paró excitando admiraciones por el camino real, de la casi mitológica dama del pazo de los altos cipreses que pasó casi toda su vida loca y muda con los ojos fijos en la senda de laureles y mirtos por donde se había marchado para siempre su amor.

Al replegarse las alas coloridas y sonoras de las vendimias del patrimonio hacia la casa se vendimiba con cierto respeto la vieja parra y siempre quedaban olvidados algunos racimos, inconsciente ofrenda a los númenes misteriosos del otoño. Dormían las mozas en las haces de arena y los viejos viñadores hablaban largamente en la cocina esperando el primer hervor de las cubas. Desenvolvía la «lagarada» su ritualismo de antigua orquestrica dionysíaca, llenaba el patio la fragancia penetrante del bagazo y al encenderse en las frondas de la cepa las llamas pálidas y frías de la cromática otoñal, de la puerta cuartelada como un blasón, de la bodega llegaba el aliento poderoso del vino nuevo.

La casa, aunque hidalga, era breve y solo habitada, en algunas semanas del año. La parra era su tradición, su ejecutoria, su belleza. La celebraban los arrieros de Deza y Camba. Presidió tristezas y alegrías. Vió el largo cuerpo muerto y manchado de heces de vino del pobre Juan «dos Inxertes» ahogado al limpiar una cuba, y amparó las sombrías borracheras solitarias del «Pantelas» el hombre maldiciente, huraño y temido que solo iba a la iglesia por Fieles Difuntos y pasaba aquel día rezando por los muertos amigos y enemigos.

Muchas veces, desde lejos, contemplamos la casa, muy modificada por sus dueños actuales. Domina una pequeña colina de vides y laureles entre muros derruidos, cerca de la curva de la carretera y del espacioso camino que se prepara a subir la cuesta de los pinares. No podríamos, si aún existe, ver la cepa del patio. La imaginamos poderosa, densa, graciosa y consejera, cubriendo el valle entero con sus imaginadas frondas, alargando el rumor de las antiguas vendimias, absorbiendo las esencias de la tierra para en la misteriosa química de su vegetar de cepa vieja, sin plebeyas complicaciones de injertos americanos, madurarlas en los oscuros racimos de la tradición viva y eterna.

Queremos pensar que no ha muerto. Pero si el tronco centenario debe crepitar el próximo, invierte en llamas del color de los antiguos vinos y ya ninguna mano de mujer ha de trenzar en manojos sus secas vides, no nos desconsolamos demasiado. De sus raíces inmortales surgirán nuevos brotes fuertes y silvestres y no faltará quien los pade, los cuide y los guíe hasta ordenarlos en la arquitectura de una nueva parra tendida sobre las viejas y renovadas esperanzas.

(Especial para FINISTERRE)

LA CEPA ILUSTRE Y SIMBÓLICA

POR

SANTIAGO AMARAL

¡MIÑA CASIÑA!

«Ay dos que levan na frente
(unha estrela.
Ay dos que levan no bico un
(cantar.»

DE Villagarcía a Puentesures avanzan lentas velas blancas por entre maizales y amaneiros que ocultan el limpio transcurrir del Ulla camino de la mar abierta. Nuestro Señor Sant-Yago bebió el aire puro y pausado de estos parajes y posó su sandalia apostólica sobre el polvo y el barro de estos caminos. Por aquí llegaron los normandos, río arriba, en son de guerra tripulando marineras dornas de monstruosos dragones en las proas. Por esta misma campiña cabalaron las mesnadas de Rosendo el Santo, obispo guerrero. Este es el umbral de Compostela, la milagrosa ría petrificada que tiene una hermosa goleta varada en el medio, desde la cual se atalayan los siglos.

Si a Roma se vá por todos los caminos, a Compostela solo se va por uno que está labrado en el cielo y pasa por Iria Flavia, tierra burilada por el tiempo, bruñida por nombrados acaeceres. Tierra lírica, donde la poesía está colgada del aire como una dorada camuesa que Macías el enamorado saboreara con deleite de adolescente y con la que Rosalía perfumó sus horas tristes y melancólicas de madrecita malograda.

Llegamos a Padrón. Desde aquí se adivinan las doradas cúpulas de Santiago y se parece oír el lejano son de sus cien campanas. Preguntamos por la casa de Rosalía y un amable guía nos conduce hasta ella. Causa decepción su aspecto actual. Ya no trepan como antaño por sus muros las amantes



«... Por el rostro de Rosalía danzaba perenne
una dulce sonrisa melancólica que le daba un
encanto sutil...»

¡ME U LAR!

hiedras, con ansia de posesión infinita, con femenina curiosidad, como si quisieran ver lo que ocurría dentro, para, por subterráneas sendas, ir a contárselo a ella que está descansando para siempre. Con las paredes desnudas, sin el verde manto de araliácea que le prestaba respetuoso señorío, la casa tiene ahora un aire de pobreza desolada. Parece una

vieja campesina, acurrucada y arrugadita, que estuviese hilando sus recuerdos viendo el rauda pasar del tren que cruza por la cercanía.

El alma se me llena de tristeza al pensar que en esta pobre casita, casi sórdida, vivió y murió el más grande poeta lírico del siglo XIX. Un viejo labriego que pasa a mi lado, adivina mis pensamientos y los confirma:

—«Morreu cheiña de miseria, señor».

Dentro de la casa no queda el más leve recuerdo de la poeta. Afuera, frente a la puerta, hay un empujado de grata sombra, una mesa y un banco de piedra. Aquí, en este rincón apacible, gustaba de sentarse la escritora en las mornas tardes de otoño, a escuchar el escondido susurro del tiempo, el cantar del mirlo bajo el cielo alto, azul, con limpios humos dormidos en el aire transparente.

Su morriña era única. La sentía en su propia tierra. Era la morriña de un mundo inexistente. ¡«Miña casiña, meu lar!» Este grito desgarrado no era la exclamación del alma que ansía el retorno al regazo maternal lejano, al paisaje familiar en el que se meciera su infancia; era el anhelo de un

VISITA SENTIMENTAL A LA CASA DE ROSALÍA DE CASTRO EN PADRON

— POR —
CELSE EMILIO FERREIRO

hogar que no había conocido, de una ternura siempre soñada y jamás conseguida, porque el corazón enchisterado y erudito de Murguía no había sabido comprender aquella mística saudade de su esposa.

La morriña de Rosalía, no era solamente el ansia de actualizar los recuerdos gratos, de hacer presente al pasado. No era el anhelo de regresar a lo que con el tiempo se había embellecido.

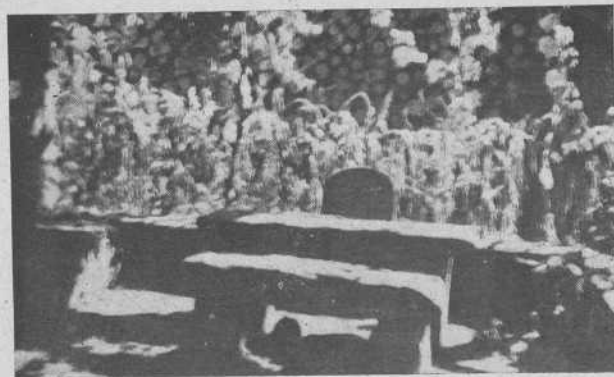
La honda saudade de Rosalía estaba plena de miedo al misterio y del dolor de sentirse mortal. No era empero una simple añoranza. Era una fuerza oscura, subconsciente que la impelía hacia el infinito.

El paisaje la subyugaba hasta el punto de sentirse vinculada a él como una parte del mismo. El árbol, el hórreo, la gándara natal, tienen una fuerza de atracción irresistible, cuando son contemplados por un alma llena de secretos inefables como la de Rosalía. Alma grande, trágicamente femenina en un horizonte cerrado, hostil, incomprensivo. Vivió tristemente. No conoció la risa y su amante corazón no estuvo nunca de fiesta. Todos sus amores de mujer se malograron como florecillas que el cierzo mustiase.

Por el rostro de Rosalía danzaba perenne una dulce sonrisa melancólica que le



... la casa tiene ahora un aire de pobreza desolada. Parece una vieja campesina acurrucada y arrugadita...



... en este rincón apacible gustaba de sentarse la escritora en las mornas tardes de otoño...



... en esta pobre casita vivió y murió el más grande poeta lírico del siglo XIX...

(Fotos del autor.)

daba un encanto sutil. Llevaba en los ojos toda el alma desnuda, hecha de armonías y renunciamientos. Las plantas, las fuentes y los pájaros le hablaban su idioma místico solo revelado a los escogidos.

«De mí murmuran y exclaman: Ahí va la loca soñando con la eterna primavera de la vida y de los campos»...

Santiña. Ella, rodeada siempre de hosca invernía, soñaba con la eterna primavera de las cosas. De ese sonar sin reposo naciera su morriña inconsolable y aquella dulce, triste sonrisa que le bailaba constantemente en el rostro su melodía de sombras y luces.

Vivió pobremente. No supo de la hartura ni del sosiego. Su casa era un humilde hogar, frío, casi sordido, que ahora yace abandonado. Sentimos el pudor herido por ese abandono. Está bien que las gentes domingueras le hagan homenajes a los futbolistas y a los toreros por que al fin y al cabo el Arte no está hecho para el paladar de la masa anodina. El Arte puro es para la minoría, entre la que debiera contarse a los que pueden hacer mucho para que no continúe este desolado olvido.

¿Por qué no convertir la casa de Rosalía en un Museo de sus recuerdos? La idea queda apuntada: que la recojan quienes deben y pueden hacerla realidad.



En LALIN con el sacerdote astrónomo don Ramón María Aller

POR EMILIO CANDA

UN SABIO Y UN SANTO

Hace cerca de cuarenta años, el ejemplar sacerdote Don Ramón María Aller Ulloa, tiene en la villa de Lalin un Observatorio de Astronomía, modelo en su clase, único en Galicia y superior a muchos otros, construido por él en el jardín de su casa.

Silenciosamente, hurtándose a las miradas curiosas del público y rechazando los fáciles halagos de la propaganda, como corresponde a su modestia y a su humildad verdaderamente admirables, el Sr. Aller ha realizado en su Observatorio importantísimos estudios de Astronomía General y particularmente de Astronomía Matemática, sin otra ambición que la de dar pábulo a su apasionada vocación por tan extraña ciencia sentida desde su adolescencia.

Pero su talento extraordinario, acrecido por una ardiente afición al estudio (condición que le hizo alcanzar las máximas calificaciones y premios extraordinarios en el Seminario y obtener a los veinte años los preciados títulos de Licenciado y Doctor en Sagrada Teología), rompió bien pronto la clausura del anónimo; y el nombre de Don Ramón María Aller saltó de la obscuridad para alcanzar, por derecho propio, un puesto primerísimo en el limitado retablo de las más ilustres figuras del mundo cultivadoras de la Astronomía.

La valiosa aportación de los múltiples estudios e investigaciones del Sr. Aller, causan admiración y despiertan el más vivo interés en los medios científicos. Su nombre se extiende por toda España y trasciende las fronteras de nuestra Patria; el Observatorio de Lalin es visitado por diversas personalidades españolas y extranjeras; las más prestigiosas revistas científicas europeas solicitan su colaboración y publican sus eruditos trabajos... Solo algo, delicado e íntimo, sufre quebranto en medio de tan legítima gloria: la modestia del sabio.

Don Ramón María Aller es, en la actualidad, académico de número de la Real Academia Gallega, y miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pero no solo es un sabio, astrónomo y matemático eminente, filósofo, teólogo, filólogo, etc., dominador de ocho idiomas, cuyos méritos excepcionales acusan una recia personalidad científica, sino que es, además, un verdadero santo. Su alma está atesorada por las más acendradas virtudes cristianas, sobresaliendo la reina de todas ellas: la caridad. Don Ramón María —como se le conoce familiarmente— lo da todo a manos llenas. Nadie que llegue a su puerta o se acerque

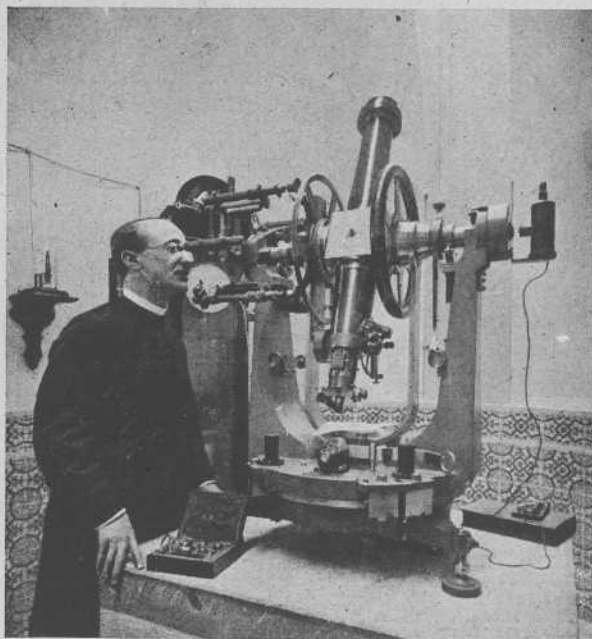
a él en la calle en demanda de auxilio, se marcha desairado. Aplica misa diaria gratuitamente, vela a la cabecera de los enfermos, socorre a familias menesterosas: a todas partes, hasta a los rincones más humildes, llegan los destellos de su bondadoso corazón.

Versadísimo en cuestiones de arquitectura, ingeniería, mecánica, electricidad, etc., a Don Ramón María acuden pobres y ricos, en solicitud de sus desinteresados y técnicos servicios. Lo mismo levanta los planos de una casa, que arregla una radio o un motor, que compone relojes de complicadísima maquinaria. Hasta en cierta ocasión, llegó a él un gaitero rogándole que le reparase su instrumento musical. Este sacerdote modelo a todos recibe con su dulce sonrisa, complaciente y campechano, disculpándose de antemano por si no acierta a dar con el "quid" de las averías; pero acierta siempre y en seguida.

Lalin lo venera: sin distinción de sexos, edad ni posición social, en todos los hogares de Lalin se le respeta y ama. Crean en él hasta los ateos: uno hubo que accedió a confesarse y comulgar en trance de muerte, solo porque Don Ramón María era quien le ofrecía los últimos auxilios espirituales.

Lalin se dispone a rendir un homenaje de admiración, cariño y respeto a su preclaro hijo. Nada más justo. FINISTERRE hace suya la idea, y ofrece a la comisión organizadora el consurso de sus páginas.

(Comienza la entrevista en la página siguiente.)



El Sr. Aller en el Observatorio de Castro-Urdiales, en 1912, del que fué Director durante nueve años.

ENTRE los ingenuos grabados que ilustraban nuestros libros escolares, había uno que representaba una especie de Rey Mago, vestido con una túnica de seda bordada de estrellas y tocado con un gorro en forma de agudo cucurucho, mirando atentamente con un largo anteojo a la noche que se recortaba rutilante de puntitos luminosos en el marco de la ventana. Aquel personaje fantástico era el Astrónomo.

Esta sensación de fantasía ha perdurado mucho tiempo en nuestro ánimo. Los astrónomos nos siguen pareciendo unos seres extraños, raros y abstraídos. Por otra parte, la vocación ferviente, la preparación profunda y la paciencia benedictina que exige, además de otras dotes, una ciencia tan compleja y misteriosa como la Astronomía, limita hasta la selección más rigurosa, los nombres de los que la profesan.

Sin embargo, a nuestro lado, en Galicia, en la provincia de Pontevedra, en la pequeña villa de Lalín, trabaja en su observatorio un auténtico y eminente Astrónomo: el presbítero Don Ramón María Aller. Su aspecto nada tiene de fantástico; la túnica coruscante aparece reemplazada por una sotana de sacerdote y su cabeza, blanca y desnuda, exhala un aire apostólico, lleno de bondad y mansedumbre.

Hemos ido a Lalín a «confesarle» —ja él, que es sacerdote!— para los lectores de FINISTERRE.

—Le tengo mucho miedo a los periodistas; hacen decir a uno lo que uno jamás pensó siquiera...

El Sr. Aller se opone tímidamente a mi propósito, encogiendo su breve figura y retorciéndose las manos. Detrás de los lentes de oro, su mirada dulce predispone al afecto y a la simpatía.

—Yo le prometo...

—Además—sigue Don Ramón María—, ¿qué interés puede tener mi nombre para su Revista?

—Mucho. De lo contrario no haría un viaje tan largo y tan incómodo.

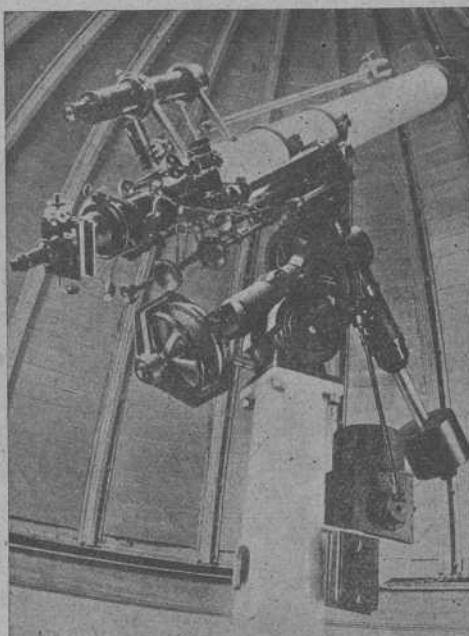
Don Ramón María se muestra francamente alarmado:

—¡Pero, Dios mío! ¿Por qué se ha molestado? Si yo no tengo importancia alguna; créame, ninguna absolutamente.

Estamos en el salón-biblioteca del sabio. Las paredes están cubiertas por una estantería, que llega del suelo al techo, abrumada de libros. Fuera, en la calle desierta, llueve suavemente.

—En fin, estoy a su disposición. Pero ya verá como hizo el viaje en balde.

Nos sentamos.



El teodolito del Observatorio de Lalín bajo el techo móvil del pabellón.

—Dígame, Sr. Aller: ¿cuándo nació usted?

—En el año 1878.

—Siga, por favor.

—Cursé los estudios de Bachillerato en el Colegio de los Padres Jesuitas en La Guardia (Pontevedra), y, ya en posesión del título, seguí la carrera eclesiástica en el Seminario de Lugo, ordenándome de presbítero en 1900, con dos años de dispensa. Por enseñanza libre hice la carrera de Ciencias Exactas, obteniendo en Madrid la Licenciatura y el Doctorado a mérito. Antes de ser subdiácono era ya Doctor en Teología.

—¿Cuándo se despertó en usted la afición por la Astronomía?

—Desde niño sentí vocación por esta ciencia. En el Colegio de La Guardia di mis primeros pasos as-

trónomicos, valiéndome de un anteojo, y siendo seminarista en Lugo, mi padre me compró un teodolito, con el que comencé a realizar mis primeros ensayos. Todos mis ratos de asueto los invertía mirando al cielo.

—¿Cuándo construyó su Observatorio?

—En el año 1912 puse la primera piedra, como si dijéramos; pero la inauguración oficial, ya instalado convenientemente, no se llevó a cabo hasta 1925, confirmando y continuando la labor anterior.

—¿Permaneció siempre en Lalín?

—Por intervalos de seis meses, durante nueve años, fui director del Observatorio Astronómico de Castro Urdiales, accediendo a los ruegos de su propietario Sr. Ocharan Mazas, pero sin abandonar mi Observatorio de Lalín.

—¿Cómo se encargó de las Cátedras de Análisis Matemático y Geometría Analítica en la Universidad de Santiago?

—A propuesta del Ilustrísimo Sr. Rector D. Carlos Ruíz del Castillo, desde 1939, habiendo sido recientemente confirmado como Catedrático de la Facultad de Ciencias por el Ministerio de Educación Nacional.

—Dentro de las observaciones astronómicas en general, ¿a qué especialidad dedica preferentemente sus estudios?

—A la medición de estrellas dobles.

—¿Otras investigaciones dignas de mención?

Como contestación, el Sr. Aller se levanta, busca en un estante y me entrega un cuaderno de su Observatorio. Sus páginas aparecen llenas de notas: obtención de diversas constantes instrumentales, determinación de coordenadas, varios fenómenos ocasionales, cometas, eclipses, pasos de Mercurio por delante del Sol, determinaciones colorimétricas y fotométricas con filtros y

considerable número de aspectos planetarios. Todo fruto exclusivo del trabajo sistemático de un solo individuo, observador y ayudante en una pieza, que tiene que atender a mover la cúpula lo mismo que a dibujar y medir, función complicada y penosa cuyas variables no son solamente los recursos y medios disponibles, sino también las aptitudes intelectuales y orgánicas y hasta la resistencia física.

—Una vez obtenidas estas notas, ¿qué hace usted, señor Aller?

—Las remito a centros científicos o las publico en Revistas y monografías. Ciertas observaciones dan lugar a vivas polémicas, como la suscitada sobre las mediciones de la estrella doble Σ 1932 entre M. A. Danjon, del Observatorio de Strasburgo, y yo. Los catálogos de Burnham y de Aitken compilaron dichas mediciones, y con el resumen análogo de un centenar de datos más recientes, obtenidos por catorce observadores, se formó una lista, teniendo la satisfacción de ver que ha prevalecido la órbita calculada por mí.

—¿En que Revistas ha publicado preferentemente sus trabajos científicos?

—Sería demasiado prolijo enumerarlas. Desde 1912, en que publiqué mi primer trabajo «Observaciones del cometa Joanesburgo» en el «Anuario del Observatorio de Madrid», he colaborado asiduamente en las páginas de numerosas revistas científicas: «Astronomische Nachrichten», «Beobachtungs-Zircular der Astronomisch Nachrichten», «Ibérica», «L'Astronomie», «Las Ciencias», «Revista Matemática Hispano-Americana», «Revista de la Sociedad Astronómica de España y América», «Anuario del Observatorio de Madrid», «Archivos do Seminario de Estudos Galegos», «Asociación Española para el progreso de las Ciencias», etc., etc.

—¿Alguna obra?

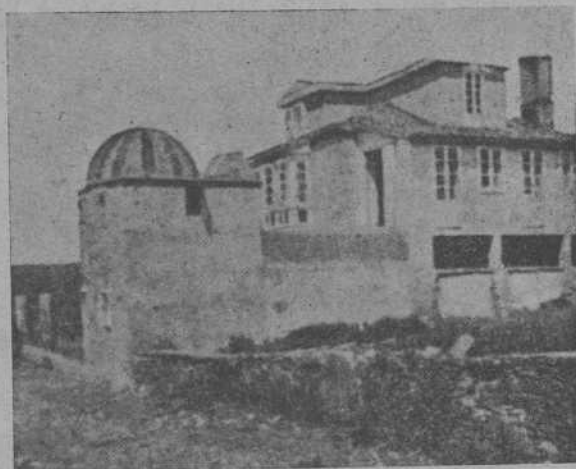
—En 1918 publiqué «Algoritmia», principios fundamentales de la ciencia de los números. Y actualmente, me hallo corrigiendo las pruebas de imprenta de «Introducción a la Astronomía», un grueso volumen de 500 páginas, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que no sé como agradecer esta amabilidad.

—¿En preparación?

—«La Astronomía a simple vista», de tipo divulgador y al alcance de todos.

—¿Es verdad que traslada usted su Observatorio a la Residencia de Estudiantes de Santiago?

—Verá usted: de momento, y dadas las dificultades creadas por la guerra para la adquisición de instrumentos, se ha pensado en trasladar solamente la ecuatorial, pero sin que esto quiera decir que el Observatorio de Lalín desaparezca. Lo que sucede es que en la Residencia están construyendo para mí un Observatorio, dotado de todas las comodidades y adelantos, en el que continuaré mi labor rodeado de discípulos, abriendo así una Escuela de Astronomía. Yo ya necesito ayudantes y auxiliares, pues



Vista exterior del Observatorio y la casa.

comienzan a faltarme las fuerzas. Además, deseo fervientemente que, cuando yo me muera, haya alguien que siga el camino por mi emprendido desde hace cerca de cuarenta años y que esta labor no se malogre.

—¿Cuál ha sido una de sus mayores satisfacciones?

—Comprobar que mis observaciones eran atendidas en los centros científicos y mis trabajos solicitados por las más importantes revistas.

—Para terminar, Don Ramón María: ¿puedo visitar el Observatorio?

—Con mucho gusto.

Abandonamos la casa-habitación y por un balcón de cemento pasamos al vestíbulo del Observatorio. A menos de un metro sobre el suelo del jardín hay un piso, formando una especie de planta baja, con dos ventanitas. Desde aquí, por una escalera interior, se sube a la planta alta, cuyos pisos están todos a distintos niveles unos de otros. Cerrando una puerta, esta escalera queda oculta, y unida a dicha puerta viene otra escalita cuyos peldaños permiten subir al pabellón del teodolito, que es el piso más elevado. Tres peldaños fijos dan acceso al pabellón del refractor ecuatorial, que está a cuatro metros del suelo, sobre un pilar de un metro de diámetro. Entre el pabellón del ecuatorial y el del teodolito hay un armario destinado al reloj sidéreo, el cual puede consultarse y estar a la vista del observador. Cubre el pabellón del ecuatorial una cúpula de 3,20 m. de diámetro, y el del teodolito una techumbre formada por dos trozos de pirámide.

Tarea inútil y pesada sería describir aquí varios pequeños instrumentos y accesorios. Basta decir que hay un sencillo teodolito topográfico; dos anteojos astronómicos; un barómetro de mercurio sistema Fortín; un pequeño baro-termógrafo, y finalmente, numerosas piezas sueltas y trozos de metal, *juguets* más o menos científicos contruidos por el propio Sr. Aller.

Aquí, desde su juventud, el virtuoso sacerdote Don Ramón María Aller, mira todas las noches al cielo surcando ese profundo mar donde palpitan los astros, para arrancarle sus secretos inefables.

Cesáreo Fernández-Losada

Si muchos grandes hombres ha dado Galicia que fueron honra y prez del saber humano, uno, y de los primerísimos, es D. Cesáreo Fernández-Losada. Seguramente, al lector no le dice nada este nombre, porque la posteridad, que a veces encumbra las medianías, consagra a tantos pedantes y erige estatuas a tantos advenedizos, fué injusta con este hombre preclaro que dió múltiples testimonios de su talento privilegiado. Nació este orensano ilustre en Bobadela, aldea cercana a Celanova, el año de 1837. Hizo sus primeros estudios en Orense, donde se graduó de Bachiller en Filosofía. Llamado por su gran vocación para la medicina, en cuya práctica tantas glorias le estaban reservadas, estudió en Santiago el preparatorio y el resto de su profesión en Madrid. Sus no comunes disposiciones para la anatomía, fueron motivo para que, aun siendo simple estudiante, le nombrasen Director anatómico de la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Su aplicación durante los años de la carrera, probablemente no ha sido superada. Obtuvo premios extraordinarios en todos los cursos y otro en anatomía, que le fué adjudicado nada menos que de Real Orden. Sus brillantes éxitos universitarios fueron coronados por la reñida oposición en que ganó los grados de Bachiller y Licenciado en Medicina, completados más tarde con el Doctorado. Siendo estudiante demostraba ya su extraordinaria aptitud para la cirugía, que cultivó con una asiduidad incansable, ganándose el cariño de su maestro el Doctor Sánchez-Toca, quien hizo de él una honorífica mención en una Memoria dirigida al Gobierno.

Sin embargo, con lo dicho hasta ahora, apenas serviría para formar un juicio exacto de la enorme valía de nuestro hombre. Buenos estudiantes los hubo siempre; jóvenes Juanitos que al finalizar cada curso entregan a sus papás inmejorables notas de calificación, que los hace candidatos a futuros grandes hombres, pero que se quedan en unas mediocres eminencias grises.

No es éste el caso de Fernández-Losada. Su talento siguió una trayectoria progresiva, constantemente renovada y confirmada. Ganó con el número uno la oposición al ingreso en el Cuerpo de Sanidad Militar, en cuyo

campo cultivó sus estudios favoritos. Desde aquella fecha la vida de Fernández-Losada fué totalmente vinculada al ilustre Cuerpo. En donde quiera que se le buscara, ya fuese en el Hospital Militar de Madrid, en la Campaña de Africa, en el Museo Anatómico, en la Academia de Sanidad o en el Cuartel General del Ejército del Norte, siempre se le hallaba en un laborioso quehacer: solícito y cariñoso a la cabecera de un enfermo; habilidoso y acertado en la práctica de alguna difícil intervención quirúrgica; valiente y arrisgado en medio del peligro; esparciendo los raudales de su ciencia desde la cátedra de profesor...

Fundó con otros compañeros el «Memorial de Sanidad del Ejército» del que fué director, colaborando, además, asiduamente en la «Revista de Sanidad Militar». Mas los estudios científicos no le impedían a Losada dedicarse a delicados trabajos de artesanía, para los cuales poseía una rara y no vulgar habilidad. Inventó una pasta cerámica con la que modelaba figuras anatómicas de una perfección extraordinaria, que llamaron la atención de los hombres de ciencia, siendo estas figuras la base del—después—considerable Museo anatómico de Sanidad Militar, y del de algunas Universidades españolas.

Cuando la Patria necesitó sus servicios como soldado, Fernández-Losada marchó a Africa

con el Cuartel General del Ejército, haciendo toda la campaña y demostrando que además de un excelente hombre de ciencia era un inmejorable militar. Por espacio de 16 años tuvo a su cargo dos salas de cirugía del Hospital Militar de Madrid, en cuyo tiempo los éxitos se contaron por las operaciones que efectuó, difícilísimas algunas, tal como la practicada al Marqués de Novaliches, herido en la batalla de Alcolea.

Cuando la guerra carlista, formó parte del Ejército del Norte, asistiendo a las acciones de Somorrostro, Galdames y las Muñecas. Hallándose en Puente la Reina, su corazón generoso, y el concepto altruista de su misión, le llevaron hasta el campamento contrario, a prestar los auxilios de su ciencia a los heridos enemigos.

En la enseñanza merece Losada el calificativo de



Maestro. Dió lecciones públicas de Anatomía y Cirujía en el Hospital Militar; y desempeñó una cátedra en la Academia de Sanidad Militar. Sus explicaciones se distinguían por la naturalidad y fluidez del lenguaje, a la vez que por la concisión y claridad de la exposición.

Sus relevantes dotes, le hicieron acreedor a que el Gobierno le confiase comisiones honrosas y difíciles, siendo enviado varias veces al extranjero, con misiones científicas, tomando parte como representante de España en el Congreso internacional de París para tratar del servicio sanitario de los Ejércitos de campaña. Pero lo que más contribuyó a elevar el renombre y fama de Losada en el extranjero, resaltando ante las demás naciones el valor científico de España, fué la delicadísima operación quirúrgica practicada al Sultán de Turquía, cuyo Gobierno teniendo conocimiento de que este gallego ilustre era el único en Europa capaz de llevar a feliz término la peligrosa intervención, reclamó su inaplazable presentación en Constantinopla, siendo condecorado por este motivo con la orden imperial de Metjidie.

Su incansable amor a la ciencia le hizo emprender con todo éxito una serie de estudios y experimentos sobre la aplicación del teléfono y del micrófono como medios de investigación médica. De estos estudios que entonces llamaron la atención, surgieron las actuales conquistas en esta rama de la ciencia.

Le distinguió un gran amor al país que le vio nacer. Siendo diputado por Orense, siempre procuró —ajeno a toda lucha política— utilizar la influencia que le daba su investidura y su posición, para favorecer al distrito que representaba. Por su iniciativa se creó en Celanova un colegio dirigido por los P. P. Escolapios, con carácter de Instituto de 2.ª Enseñanza, el cual, al correr de los años, se hizo famoso por su inmejorable labor docente.

Llamado nuevamente por la Patria, Losada partió para

Cuba, como jefe de Sanidad de la Isla. Allí hizo una labor incansable de saneamiento. Luchó sin tregua con el cólera, con el paludismo, la disentería... Su actividad no conocía la fatiga.

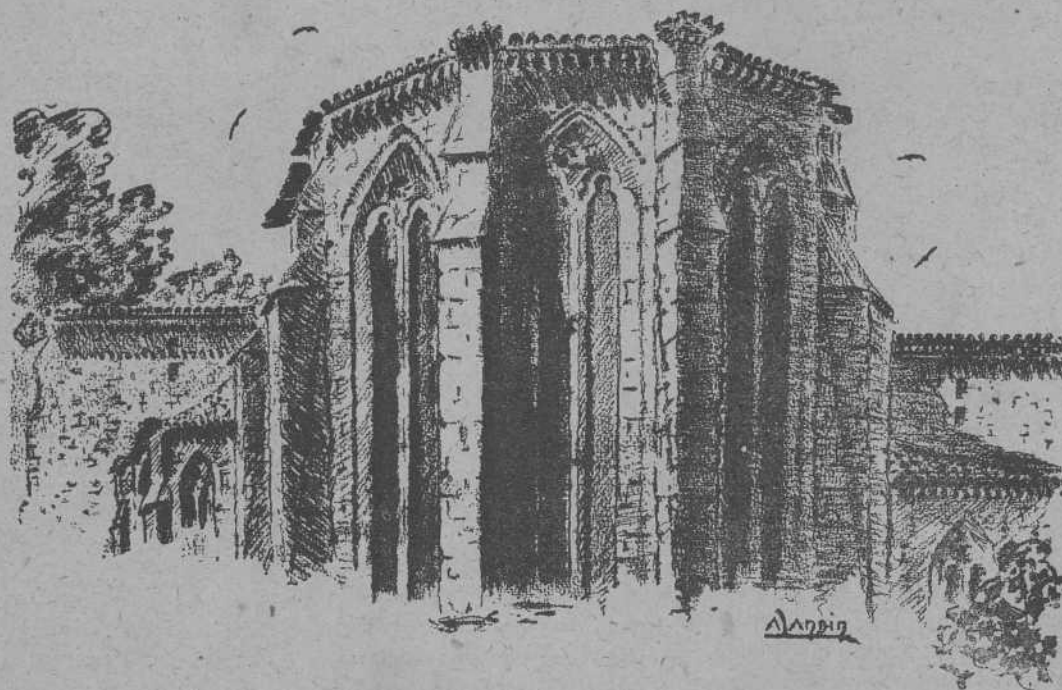
Con Fernández-Losada ocurrió lo contrario de lo que suele suceder a todos los hombres preclaros: Que en vida fué colmado de distinciones y olvidado por la posteridad. Llegó a ocupar el puesto máximo de su carrera. Poseyó las grandes Cruces de Isabel la Católica, de María Victoria, del Mérito Militar. Fué Comendador de la de Carlos III. Fué declarado benemérito de la Patria y condecorado con la Cruz de 1.ª clase de la Orden Civil de Beneficencia, con la de Emulación científica, con la del Mérito Militar roja y con la Medalla de Africa. Perteneció a varias corporaciones científicas nacionales y extranjeras y médico honorario de la Real Cámara.

Este fué D. Cesáreo Fernández-Losada, contando a grandes rasgos y de «grosso modo» su biografía: profundo y respetado en la ciencia, diestro y admirado en el arte, estimado y querido en sociedad. Como cirujano y hombre de ciencia, fué el primero de su época. Amó grandemente a Galicia, sin que el amor que le profesaba a su tierra mermara el que sentía por España, a quien sirvió lealmente. Era modesto y sencillo a pesar de su encumbrada posición. En su trato amical era afable, cordial, cariñoso. No le hacía mella la adulación. En una palabra: era nada menos que todo un hombre.

Y ya que su figura ha quedado olvidada, queremos dejarla estampada en este RETABLO DE GALICIA de FINISTERRE, como homenaje sencillo de admiración y respeto para este orensano ilustre.

EMILIO ACEBEDO DEL RIO

PONTEVEDRA MONUMENTAL



Abside de San Francisco. (Apunte del natural por A. Landin Carrasco)

Cuatro pintores gallegos premiados en la Exposición Nacional de Bellas Artes

CUATRO artistas gallegos han sido laureados en el último Certamen Nacional de Bellas Artes. Valores bien definidos en las artes plásticas son Juan Luis López (primera medalla), Carmen R. Legísima (segunda medalla), Luis Mosquera (segunda medalla) y Manuel Abelenda (tercera medalla). Cada uno en su respectiva modalidad pictórica ha llevado a esta Exposición Nacional, últimamente celebrada, la recia personalidad que les caracteriza y el aliento vigoroso de su región natal, como rendido homenaje al Arte más depurado. Esto bastaría, a falta de otros méritos singulares que hablan muy alto de los cuatro pintores mencionados, para destacar sus figuras a través de la pintura española contemporánea.

La reconocida personalidad de los cuatro artistas citados nos releva de analizar extensamente su obra. La crítica madrileña se ha ocupado con elogio de la obra pictórica de cada uno con motivo de brillantes

P O R

JOSÉ DIAZ ANDIÓN

exposiciones por ellos celebradas en la capital de España con anterioridad a la de Bellas Artes. Esta, pues, ha patentizado con sus acertados fallos los progresos de superación que unos y otros han alcanzado a través de su especialidad en el arte de Apeles.

Juan Luis, el pintor de la espiritualidad, en cuyos primeros tiempos sentía honda afición por las marinas, según propia confesión, se ha acreditado en este Certamen como un excelente pintor de figura y un delicado paisajista.

Nótase, sin embargo, en el autor de *Florisel* (con cuya obra obtuviera en 1917 la tercera medalla) un positivo avance hacia la concepción naturalista. Esta impresión personal ya nos la había proporcionado, con anterioridad, el ilustre artista compostelano al brindarnos su obra en la exposición que se celebrara en la pasada primavera en la Sala Macarrón de la capital madrileña. Ahora nos lo corrobora también con su magnífico cuadro *Mujeres marineras*, por el cual le ha sido adjudicada la primera medalla.

Este conspicuo hijo de Compostela, que en torno a la vetusta Catedral supo forjar su sensibilidad y modelar sus inclinaciones espirituales para emprender con clara visión su triunfal carrera artística, ha conquistado el primer lugar como pintor de figura (aunque no de retrato) que tiene Galicia, sin que haya degenerado tampoco en la maestría del paisaje, en donde remonta asimismo

la cumbre del arte. Basta para demostración de ello el lienzo presentado al Certamen Nacional, juntamente con la obra premiada.

La personalidad artística de Juan Luis puede resumirse diciendo que, siendo suntuosamente espiritual, es el pintor más completo del alma de Galicia, sintentizada en formas corpóreas.

**

A través de todos los tiempos y en toda manifestación artística y cultural, vemos reaparecer a la mujer gallega para brindarnos los sabrosos frutos de su genio creador y poético. Así vemos también que en la anterior Exposición Nacional se nos presentó Julia Minguillón con el valiosísimo exponente de su tabla *La escuela de Doloriñas* (primera medalla), alarde de factura y expresionismo difícil de superar. Y es en este último Certamen Nacional la señorita R. Legísima, asimismo gallega de naturaleza, quien se nos re-



Juan Luis



Luis Mosquera

vela este año como una esperanza lograda y un valor positivo.

Desde hoy cuenta Galicia con otra figura femenina que, ya que no a través de la poesía, la novela o la sociología, proclama por medio de las artes plásticas las excepcionales aptitudes de sus mujeres para cosechar lauros y triunfos, rindiendo culto acendrado a las artes y a las letras. Como recompensa a sus méritos singulares, la señorita Carmen R. Legísima ha obtenido segunda medalla para su retrato *Mi hermana*, armonioso conjunto de impresionismo, dibujo y tonalidad.

En la exposición que previamente organizara esta artista en Madrid ya acreditó sobradamente su delicado temperamento y su refinada sensibilidad artística. La crítica más severa hubo de hacerle justicia reconociendo en sus cuadros, no sólo un matiz clásico y una encantadora armonía de colorido, sino también un marcado impresionismo espiritual, que dan singularidad a toda su obra pictórica.

Así, pues, auguramos a la señorita R. Legísima futuros y relevantes triunfos en el arte selecto y acabado que viene cultivando, en el que destaca la sencillez y la elegancia subjetiva de su temperamento, sin que vislumbre en lo más mínimo la afectación ni el amaneramiento. Por el contrario, su arte se nos revela llano y espontáneo a través del trazo suave y vigoroso de sus pinceles. En resumen: un positivo valor en el estamento artístico de la pintura española.

Luis Mosquera ya disfruta de una personalidad harto destacada en las artes plásticas. Su técnica ajustada y su dominio del dibujo acabado hubo de cosecharle la tercera medalla en la Exposición Nacional de 1941. Perseverando en la modalidad artística que se advierte en sus obras, ha llegado a conquistar la merecida reputación de ser considerado como uno de los primeros pintores de fi-



Manuel Abelenda

gura, cultivando el retrato con singular maestría.

En el Certamen Nacional últimamente clausurado alcanzó Mosquera segunda medalla por *Desnudo*, acabado estudio donde nos revela este artista la soltura con que maneja las formas anatómicas para resolver su presentación con la delicadeza y gusto estético que en este lienzo se aprecia por medio de la gama de grises, azul y violeta, logrando un conjunto armonioso y bello, merced al empleo de colores suaves y delicados.

No menos campea el arte exquisito de Mosquera en el retrato que lleva por título *El Prior*, donde nos

Falta en esta información la fotografía de la pintora orensana Carmen R. de Legísima, premiada con segunda medalla, que no hemos podido obtener a pesar de nuestros reiterados deseos.

presenta un vigoroso contraste con el lienzo premiado, ya que en éste destacan los tonos duros y oscuros, hábilmente tratados, para dar carácter, ambiente y expresionismo a la imagen reflejada en este excelente cuadro, que también ha figurado en la última Exposición Nacional de Bellas Artes.

Y, por último, Manuel Abelenda, el maestro del paisaje gallego, también ha obtenido tercera medalla para su lienzo *Mañana de octubre desde mi estudio*.

Este ilustre artista coruñés ya nos había brindado en diversas exposiciones celebradas en esta capital madrileña el bien madurado fruto de su bagaje artístico, numeroso y selecto.

Abelenda es, sin duda alguna, el paisajista gallego que más vivamente se revela como un temperamento racial a través de su obra. Los motivos que sirven de tema a sus paisajes arráncalos a la Naturaleza en su propia fragancia y lozanía para ofrecernos fielmente aquel matiz de exuberante frescura que caracteriza a la campiña gallega, envuelta en la clásica «brétema» que con frecuencia entorna el cielo de Galicia, a la vez que presta jugosidad y vigor a sus verdes praderas y a sus frondosos castaños.

Ese fondo brumoso y opaco que el destacado artista coruñés sabe captar como nadie para contrastarlo con la fertilidad del paisaje gallego —y que él plasma de modo sorprendente en sus cuadros por medio de la armonía cromática de verdes y grises—, proclama abiertamente que Abelenda es uno de los más sólidos valores de la pintura contemporánea.

Tal es la valiosa aportación con que Galicia ha contribuido al esplendor y solemnidad de la interesantísima Exposición Nacional de Bellas Artes recientemente clausurada.

Madrid, 1943.

El Hombre frente a la Guerra

De todas las definiciones que se han hecho del hombre, ninguna más acertada ni más exacta que aquella que nos lo presenta como el «el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra». Aparentemente, esta definición, puede parecer poco profunda, vulgra, incluso chabacana, pero meditando un poco detenidamente sobre ella, la frase va ganando categoría de axioma, de verdad irrefutable. En efecto, situado el hombre en un plano histórico, parece no poseer ese instinto del peligro que tan desarrollado tienen algunos animales llamados inferiores. La humanidad, al correr de los siglos, repite los mismos pasos, cae en las mismas desdichas y, contumacia irritante, tropieza mil veces en la misma piedra de escándalo y de error, con lo cual queda demostrado, que si bien el filósofo tuvo una relativa razón al afirmar que la Historia es la maestra de la vida, puede añadirle un estrambote o moraleja, en la que el hombre queda-se clasificado como un pésimo, deplorable discípulo.

Una prueba indiscutible de que la humanidad no aprende nada en el libro abierto de la Historia, la tenemos en la constante y desoladora presencia de la guerra sobre la geografía atormentada del mundo.

Al final de cada guerra, la generación que la hizo la n z a al mundo su grito de paz, pero pronto su voz angustiada se apaga en el vacío y surgen otras

nuevas generaciones que quieren hacer «su» experimento peligroso.

Así sucedió en 1914. Europa se debatió en una lucha terrible durante cuatro interminables años. Al final, todos se dijeron que sería la última y para llevar a cabo este generoso deseo, se escribieron miles de novelas, de ensayos, en los que, en todos los tonos, se condenaba la guerra. Se analizaron todos los aspectos del espantoso drama. Se habló de la guerra como fenómeno moral, como función biológica, como traumatismo ético y también como funesto corrosivo en la vida de los pueblos. Se demostró la desastrosa influencia que la guerra ejercía sobre la política y la economía. Se estudiaron extraños movimientos de alma en las multitudes y deformaciones espirituales en los individuos. En estadísticas escalofrías se dijo que aquella guerra había costado veinte millones de muertos, diez millo-

nes de mutilados y cientos de billones de pesetas.

Pues bien, a pesar de tanta literatura y de tanto estudio pacifista, Europa vuelve a encontrarse en una coyuntura semejante—peor—la que hace veinticinco años condenara tan inútil como ruidosamente. ¿Será que la guerra es una función biológica necesaria e inevitable? ¿Será que el hombre olvida la angustia y le vence la curiosidad?

Es que el hombre es el único que tropieza dos —y mil— veces en la misma piedra.

C. E. F.

ESTAMPAS GALLEGAS

La Vendimia en el Ribero

En la otoñal quietud el viento ya no peina los bucles, que son oro, de la vid algarera. La pista del estadio ribereño se inquieta; las gradas de los montes cobijan la alegría.

En fila, bajo el palio de pámpanos frondosos, canora caravana de campesinos corta los racimos que ahogan su vida en los serones. «Aturuxo» estentóreo acuchilla silencios.

Los gigantes capachos sobre los anchos hombros de fuertes «carrexones», pueblan las «corredoiras». En el lecho hialino del Avia la ilusión de una nube se posa; ha huído el paraje.

El alalá de seda—novio de la montaña—deja en el mimo verde orgüellos ancestrales. El «pisón» en la cuba enhebra los esfuerzos. Ya la espita es el todo al pan de los humildes.

VIÑAS CALVO.

ORILLA DEL SAR

A ORILLAS DEL SAR

¡Cuán hermosa es tu vega! ¡Oh, Padrón! ¡Oh, Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
Que extraje de tu seno,
Como el sediento niño el dulce jugo extrae
Del pecho blanco y lleno,
De mi existencia obscura en el torrente amargo
Pasaron, cual barridas por la inconstancia ciega,
Una visión de armiño, una ilusión querida,
Un suspiro de amor.

De tus suaves rumores la acorde consonancia,
Ya para el alma yerta, tornose bronca y dura
A impulsos del dolor;
Secarónse tus flores de virginal fragancia;
Perdió su azul tu cielo, el campo su frescura,
El alba su candor.

La nieve de los años, de la tristeza el hielo
Constante, al alma niegan toda ilusión amada,
Todo dulce consuelo.
Solo los desengaños preñados de temores
Y de la duda el frío,
Avivan los dolores que siente el pecho mío;
Y ahondando mi herida,
Me destierran del cielo, donde las fuentes brotan
Eternas de la vida.

¡Oh, tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!
Viendo cuan triste brilla nuestra fatal estrella,
Del Sar cabe la orilla,
Al acabarme, siento la sed devoradora
Y jamás apagada que ahoga el sentimiento,
Y el hambre de justicia, que abate y anonada
Cuando nuestros clamores los arrebató el viento
De tempestad airada.

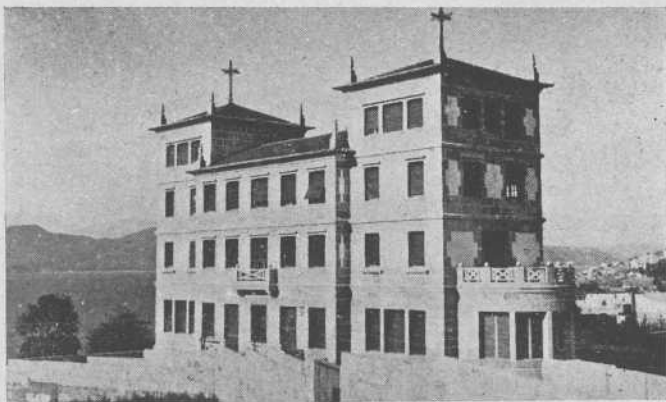
Ya, en vano el tibio rayo de la naciente aurora,
Tras del "Miranda" altivo
Valles y cumbres dora con su resplandor vivo;
En vano llega Mayo de sol y aromas lleno,
Con su frente de niño de rosas coronada
Y con su luz serena:
En mi pecho ve juntos el odio y el cariño,
Mezcla de gloria y pena;
Mi sien por la corona del mártir agobiada,
Y para siempre frío y agotado mi seno.

ROSALIA DE CASTRO

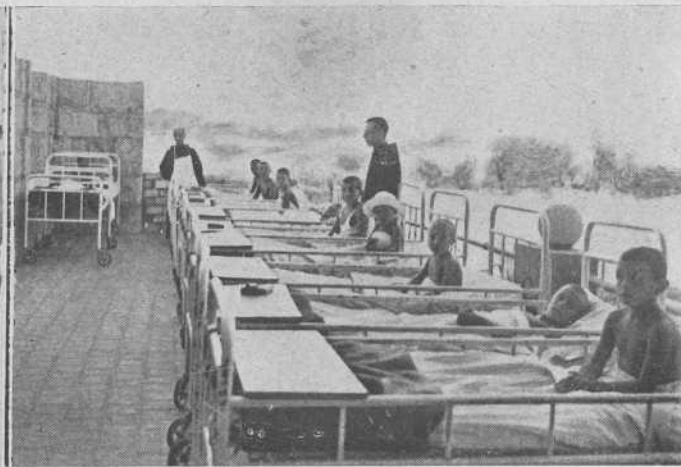
1884.

NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD

Con asistencia de las autoridades acaba de inaugurarse en Vigo el Hogar-Clínica de San Rafael. He aquí la fachada del magnífico establecimiento benéfico.



El Gobernador Civil y demás autoridades que asistieron al acto de la inauguración.



Un aspecto de la terraza del Hogar-Clínica con los niños en tratamiento.



PONTEVEDRA.—El Jefe Provincial del Movimiento y Jerarquías sindicales, en la inauguración de la VII Exposición de Arte de Educación y Descanso.
(Foto Pintos)



LUGO.—Colocación de las primeras piedras de los bustos del Caudillo y José Antonio Primo de Rivera, que se erigirán en los jardines de la Alameda.
(Foto Vega)



VIGO.—El General Canellas recientemente fallecido en esta ciudad.



VIGO.—Entrega de un sable al General San Juan por un grupo de compañeros y amigos. (Fotos Pacheco)



El Obispo de Toledo presidiendo la peregrinación de A. C. Femenina.

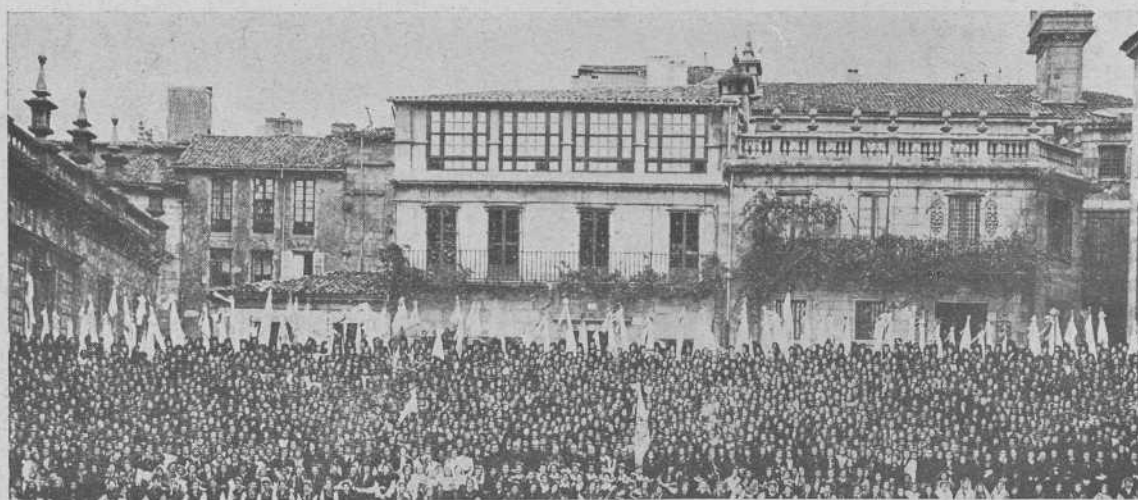
PEREGRINACIONES JUBILARES

El Año Santo sigue, ininterrumpidamente, haciendo afluir a la eterna Compostela numerosas peregrinaciones integradas por católicos de todos los puntos, que día tras día se postran ante la imagen de Nuestro Señor Sant-Yago, como en los tiempos gloriosos del Medievo.

En esta página recogemos varias notas gráficas de las peregrinaciones más recientes.



La peregrinación de A. C. Femenina entrando en la Catedral.



La nutridísima peregrinación de Acción Católica Femenina, posando para nuestra Revista.



Peregrinación nacional de la Hermandad de San Cosme y San Damián.



Niños de la Casa de Misericordia de Bilbao que ganaron el Jubileo.

(Fotos Arturo)



SANTIAGO.—El Director de la Escuela Naval Militar de Marín, señor Nieto Antúñez, haciendo la invocación de su ofrenda al Apóstol.—Los alumnos de la Escuela entrando en la Catedral para ganar el Jubileo. (Foto Arturo)



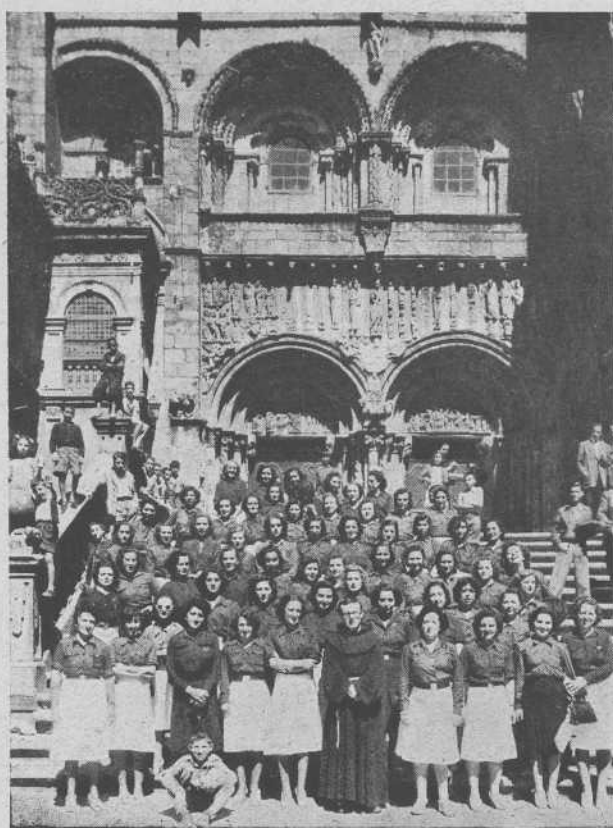
SANTIAGO.—Muchachas de Acción Católica Femenina en sus danzas típicas durante el festival folk-lórico celebrado con motivo de su peregrinación. (Foto Arturo)



VIGO.— El interior del «Celta» Agustín, al que se le ha rendido un reciente homenaje. (Foto Pacheco)



RIBADAŪIA.—Imagen de la Santísima Virgen del Portal, Patrona de la villa, en cuyo honor se han celebrado tradicionales festejos, en el mes anterior. (Foto Chao)



SANTIAGO.—Peregrinación de Maestras del SEM del Albergue Universitario de Betanzos, después de ganar el Jubileo. (Foto Arturo)



Boda de la Srta. Enriqueta Jáudenes Sarmiento con el Capitán de Artillería Don Isidoro Páramo Rojo, celebrada en Vigo. (Foto Pacheco)

ENLACES



Boda de la Srta. Isolina Costa y García con el Capitán de fragata Don Manuel Álvarez Osorio, celebrada en el Monasterio de Poyo. (Foto Pintos)



Boda de la Srta. Conchita Gómez García con el Alférez de Infantería Don Juan Iglesias Fernández, celebrada en Palmeira (Santiago). Foto Arturo.

EDUARDO TOLDRÁ

POR ANTONIO FERNANDEZ-CID

Por un acuerdo reciente del Ayuntamiento barcelonés, se crea la Orquesta Municipal de la Villa, se convoca un concurso-oposición para la elección de instrumentistas que han de integrarla, y se nombra director y organizador de la misma, al maestro Eduardo Toldrá.

La personalidad del director catalán, cobra así una fuerza y un interés que nos impele a ofrecer al público estas notas sobre su figura, por tantos conceptos llena de atractivo para el aficionado a la música.

Es corriente que las biografías de los músicos célebres, y aún de muchos a los que la posteridad niega cobijo, se inicien con un comentario sobre su precocidad. Se habla en esas ocasiones de dotes técnicas admirables, de mecanismos increíbles, que permiten en plena infancia que el milagroso artista —así se le titula— pueda abordar la interpretación de obras erizadas de dificultades, de problemas sin fin. Se habla de unos intérpretes que los dominan y los superan, pero que muchas veces no alcanzan a dar con el sentido, con el fondo que palpita en la obra.

Eduardo Toldrá nos ofrece en su vida una precocidad mucho más admirable. A los dieciseis años, crea, dirige, encauza y presenta ante el mundo un cuarteto de cuerda, que integran con él, tres instrumentistas muy jóvenes. Toldrá renuncia ya entonces al oropel, al halago fácil, al éxito de un gran público; somete sus ímpetus, sus ilusiones, sus afanes, al rigor de un trabajo minucioso; inflama, insufla este amor a la música a sus compañeros, y trabaja seriamente, estudia, escucha, y, en definitiva, se forma.

El cuarteto no tolera veleidades, divismos, personalidades excesivas. Es igual. Toldrá es, ya entonces, el músico que ha de seguir siendo toda su vida. Le entusiasman los clásicos, (es precisamente el Cuarteto Renacimiento, nombre que se da a la Agrupación, el que por primera vez ofrece en Barcelona la serie completa de los cuartetos de Beethoven), pero siente la máxima admiración por los modernos. Y Debussy, y Ravel, cuyo cuarteto estrena en España, alternan en sus programas con nuestros españoles más calificados a los que lleva triunfalmente por Europa—cuartetos de Turina y Conrado del Campo, transcripciones de vihuelistas hechas por el padre Villalba...

En unos cuantos años, Toldrá habrá ofrecido 70 cuartetos, y multitud de obras de Cámara de los géneros más diversos, habrá creado una agrupación de instrumentistas de viento cuya dirección asume y una orquesta cuyo más firme puntal, los solistas del cuarteto de cuerda, está constituido por los que componen el "Renacimiento".

Y mientras, su actuación como violinista; actuación seria, ponderada, en la que se patentiza su arte, su calidad, su fidelidad interpretativa, su mu-

sicalidad, en suma. Conciertos y más conciertos —de sonatas, con orquesta— en los que ofrece cuanto de bueno posee la literatura de su instrumento.

Es entonces, el solista obligado en cuantos conciertos de los organizados por el Orfeón Catalán presentan un carácter excepcional; su instrumento dice insuperablemente a Bach, a Haydn, a Beethoven, a Franck, y las audiciones de la "Pasión según San Mateo", de las "Estaciones", de la "Misa Solemnis", de las "Bienaventuranzas" señalan otros tantos triunfos para él.

Intencionadamente prescindimos de fechas que nada añaden ni en nada aclaran la labor desarrollada por Toldrá.

El músico llega ahora a la cumbre de su vida, en plena madurez de su talento. Al cuartetista, al violinista, hemos de añadir el compositor—luego nos ocuparemos de este aspecto—y el director de orquesta.

De una manera espontánea, como un don del cielo, posee Toldrá unas condiciones extraordinarias para la dirección. De su base de buen músico no es preciso hablar: su vida, su rigor para consigo mismo, su respeto al texto, patentizado durante su larga actuación con el cuarteto, se conservan cuando se coloca al frente de la Orquesta. Pero no es lo mismo ser buen músico que buen director. Muchos de aquéllos no pueden al frente de una orquesta obtener lo que quieren, no consiguen inculcar su idea a los demás, carecen de la persuasión precisa, de la facultad de captar, condición "sine qua non" para un buen director, no obtienen el gesto eficiente, no sugestionan, en una palabra, a la orquesta. El caso contrario tampoco es imposible; directores con gesto, con autoridad, con suficiencia, con técnica, no tienen, sin embargo, nada que decirle.

Consiguen, sí, cuanto se proponen, pero el resultado es perfecto, pero no emotivo, justo, no cáldo, enérgico, pero carente de poesía, de lirismo, de pasión, de estilo. Toldrá, excelente músico, posee la cualidad esencial: la persuasión. Sabe lo que quiere, quiere lo que debe, y convence a los músicos de una y otra cosa. Tiene, ya lo creo, sentido de ritmo—Ravel al escucharle, comentó: —"Si el ritmo no se hubiese inventado aún, lo descubriría este muchacho"—, pero jamás se escucha una versión suya seca, cortante, antes bien, bajo su dirección la música suena amable, llena de vida, de naturalidad, de calor.

Yo le he visto ensayar, y he comprendido perfectamente el por qué de sus triunfos. Toldrá encandila a la orquesta, mima a sus músicos, les orienta sobre como han de tocar, empasta la sonoridad de una orquesta como si se tratara de un cuarteto, hace expresar la música, cuida el matiz, y, esto es lo más importante, transmite a todos su fo-



gositad, contagia a todos de su desenfrenada entrega a la obra, interesa a todos en el logro de la versión, y anima el ensayo—no en balde ha pasado antes por el atril de concertino—con anécdotas, frases oportunas, comentarios y elogios.

—“Señores—decía en una ocasión en la que perseguía un efecto aún no logrado a su gusto—han hecho ustedes un pianísimo muy considerable. Yo les felicito; pero... vamos a repetirlo, a intentar apianar aún más... y ganaremos la Gloria”.

No desdeña incluso las frases al parecer más blasfematorias para un músico, en bien del grafismo y del resultado perseguido:

—“El compás es enemigo de la música”—dice—. Pronto añadirá: —“... el compás rígido, seco, duro, señores; jamás el ritmo, sin el que todo estaría perdido”.

Toldrá se hace querer de los músicos, y se impone a ellos desde el primer momento sin violencias, de una manera natural, que tiene su fundamento en esa convicción absoluta que la orquesta entera adquiere de que la conduce un hombre que se siente en artista.

Están recientes sus éxitos en Bilbao, éxitos de verdadera apoteosis al dirigir su Orquesta Municipal, y las triunfales actuaciones al frente de las Orquestas Nacional y Sinfónica madrileña.

No es tampoco para nadie un secreto que Toldrá es el director ideal para un solista: Casals, Cassadó, Rubinstein, Thibaut, entre otros, han actuado bajo su batuta, y han ponderado su labor.

Quizás no sepan, en cambio, muchos, que las primeras armas de Toldrá como director, se efectúan al frente de una “Orquesta de Estudios Sinfónicos” que forman exclusivamente amateurs—el decano de la facultad, es un concienzudo violinista;

un abogado famoso, el concertino; de primer clarinete actúa un teniente coronel y es un ingeniero el rey del timbal—y que ofrece un concierto anual, que se prepara laboriosamente durante todo el curso.

Esta multiplicidad de actuaciones, no impide que Toldrá nos ofrezca muestras de su clara inspiración en obras cuya cita total no puedo abordar en esta ocasión, por falta material de espacio.

Al referirme a la obra del músico, surge en mí el recuerdo del hombre, porque su música es una consecuencia palpable de su vida íntima.

Toldrá es hombre de hogar. Su mujer, su hija, sus amigos, su casa; estos son sus amores. No dudo al afirmar que el mejor Toldrá, el incomparable, no es el violinista, ni el director, ni incluso, el compositor, sino el que en la soledad, se sienta ante el piano y desmenuza partituras, lee música con avidez, la escribe con fruición, la canta con arrobó.

Toldrá, con una vida interior intensísima, con un agudo instinto de la observación, con una simpática capacidad de captación del ambiente, tiene para el que le trata en la intimidad un atractivo singular, por su sinceridad, su falta de pose, de afectación, su ternura comprensiva, y su exquisita finura, carente en absoluto de artificio, de etiquetas superficiales.

Y su música es precisamente así; posee esas mismas virtudes, idénticas características. Ante todo, la sinceridad; la rebeldía al patrón vulgar, a las maneras habituales; la contención, que impide el modernismo excesivo; la ternura, el tono humano; la pulcritud de una escritura en que todo está afeitado, y todo se regula de manera tal que lo accesorio servirá siempre para valorar lo principal, para acentuar su sentido.

Toldrá ha escrito suites de orquesta, cuartetos, obras sinfónicas, ha cultivado diversos géneros con fortuna; para mí, sus hallazgos más felices, se encuentran en las canciones, y en una ópera bufa, “Noche de Mayo”, cuya escena primera señala quizás el momento en que culmina el arte de nuestro músico.

Ya en 1933, algún crítico madrileño avisado, señaló que en Toldrá había un magnífico músico para teatro.

La razón es evidente: Toldrá cuida de conservar el sentido del texto, cuyo más mínimo detalle glosa en el pentágrama. Y así sus canciones, melódicamente logradas, cobran un interés excepcional, por la agudeza con que el autor cuida de que quede siempre al descubierto su sentido tierno, alegre, melancólico, optimista, risueño o doloroso de la letra. Huye Toldrá de los excesos. No ama los tintes chillones. Su música posee una luz clara, no hiriente, y no hay nunca en ella una alegría desenfrenada, ni un dramatismo de folletín. Todo es suave, amable, en su obra. Y así esas canciones deliciosas, que parecen nacidas del pueblo, y pasadas por un crisol que las purifica y las eleva de tono, que las confiere rango. Sus “seis canciones clásicas”, su colección “A la sombra del almez”, sus “Estrofas”, incluso sus sardanas—tributo del músico a la región que le ve nacer—son las mejores muestras del talento y la inspiración del artista.

Madrid, septiembre de 1943.

(Apunte de Portela)



... ante la maravilla de las rías de ensueño...

EL paisaje de Galicia es espejo y flor de nuestra alma; y cuando estamos lejos, la morriña nos ahoga, nos sentimos cansados y huérfanos.

Nuestros poetas pregonan las bellezas de la tierra y en cada una de sus estrofas vibra el anhelo apasionado de identificarse con ella. Se obsesionan ante la maravilla de las rías de ensueño, ante la belleza de los campos ubérrimos de verdor, claros de fuentes y rumorosos de pinares; describen la vida marinera plena de inquietudes y peligros, el peregrinar atormentado del pordiosero, las fatigas del labriego que salpica con su sudor las glebas morenás. Cantan nuestras costumbres mezcla de ritos y de leyendas, de conjuros y de romerías fervorosas.

El expreso corre y corre, disparado como una flecha hacia las rientes tierras gallegas. Resopla la locomotora desprendiendo humarajos azulinos; trepitan las ruedas sobre los railes. Queda atrás una estación, y otra; un túnel; montes oscuros, una pincelada de chopos que marca el curso de un regato... Unas pitadas locas rasgan el aire. Me asomo por la abierta ventanilla, y un contento indecible me enajena. ¡Quereño! La primera estación de Galicia; el primer perfume de la tierra para los que venimos de Castilla. Ahuyento la modorra de la pasada noche para dar paso a la admiración afanosa y al cortejo de recuerdos.

Unas mujeres, cargadas de canastas de mimbre, recorren el andén; hablan la lengua "meiga" que cantó Rosalía:

*Mimosa, soave,
sentida, queixosa,
encanta si rie,
conmove si chora.*

El tren reanuda su marcha a través de la campiña exuberante, espejeante de regatos. Vides ricas de pámpanos; verdes praderas, robledas; casas prendidas en la cima blanca de la carretera. Allá abajo, el arroyo, la puerta franqueada de un molino. Caminos; un carro tirado por la yunta de vacas

RETORNO A GALICIA

por BENITO VARELA JÁCOME

"marelas,"; el mozo que, azada al hombro, silba una tonada campesina.

Son canciones y mimos de la tierra que se adentran en el alma; los aromados aires curadores de la morriña:

*Doces galleguínos aires,
quitadoiriños d'as penas...*

Es el paisaje deslumbrador que nos ofrece de nuevo sus rientes perspectivas y nos corona de flores. Es la madre Galicia cantada por Cabanillas:

*¡Galicia, nai e señora,
garimosa e forte!*

Desde la cima del monte admiro emocionado la aldea, adormecida bajo el radiante cielo estival. Transcurrieron tres años de ausencia, de añoranza punzante, indecible; y todo está igual que antes: los cipreses del pazo, los chopos de la ribera, los tejados humeantes, la casa escondida entre frutales lozanos... Los versos de la eximia poetisa siguen exaltando mi memoria:

*Prados, ríos, arboredas,
pinares que mové o vento;
paxariños piadores,
casiña d'o meu contento.*

De la torre de la iglesia vuela un campaneó alegrador; se deshoja en mi cerebro el calendario de las fiestas patronales. Instintivamente recito los versos de Eduardo Pondal:

*¡Campanas de Bastabales
cando vos oyo sonar,
mórrome de soledades!...*

Y yo ¡qué grandes soledades había sentido aquellos tres años! Soledades de las campanas de la aldea, de agarimo del hogar; soledades de amor, de los besos de la madre, de las tiernísimas palabras de la novia...

Corriendo, bajo la cuesta; entro en el dominio del valle. Paso bajo el bruído ramaje de las robledas. El sendero bordea la ribera. Arroyos rumorosos culebrean por los ribazos, sobre un lecho de blancos guijarros. Praderas engarzadas de flores policromas. Asentados sobre el riachuelo molinos que molturan el grano con que las mujeres hacen la compacta borona.

Luego, acercándose a la aldea, los agros: tierros maizales, y montones de mieses áureas con una bendición de espigas granadas; huertas apetitosas; sahumero de jardines.

Esta es la Galicia florida cantada por Rosalía de Castro:

*De valles tan fondos,
tan verdes, tan frescos,
qu'as penas se colman,
no más que con velos.*

Pasan los ardientes días estivales; llega el otoño; luego, el invierno, cuando la helada imprime rías sensaciones en el ambiente y la vida aldeana se concentra al amor de la lumbre.

La oscuridad de la noche se enseñoreó de la aldea. Un manto recamado de estrellas rutilantes se aboveda sobre la campiña. El cierzo susurra insistente, sacude, doblándolas como arpas las ramas desnudas de los árboles,

"bate as estrofas inmorrentes—da gesta de Breogoán."

Entro en una de estas cocinas. Toda la familia se sienta en torno al abundoso fuego. Gruesos leños de roble se consumen chisporroteantes; multitud de estrellitas igneas vuelan hacia el techo, se prenden en el negro hollín de la pared frontera. Colgado en un rincón parpadea el mugriento candel de gas. Exhalan agradable olorillo las ollas que hierven sobre los tripodes enrojecidos. Un gato gris runronea hopeando sobre las rodillas del dueño.

Arrebujada en su mantón, bajo la influencia benefactora de la lumbre, la venerable anciana engarza un rosario de palabras suaves, una leyenda antiquísima aromada de milagros.

Nuestros poetas captan toda la emoción de este sencillo vivir aldeano. Así quiere dormir "o seu sono" Ramón Cabanillas. Y Noriega se siente feliz "rebuldando sin testigos coas follas d'os caxigos".

Pero abandonemos la vida de la aldea, para asomarnos a las costas bordadas de espuma. Dejemos a Noriega soñando en "unha casaña na escalvada montaña". Abandonemos a Cabanillas, reposando "na casaña lonxe da vila, baixo dos parrales". Miremos al mar con Rosalía.

Nos encanta recostarnos en un frondoso bosquecillo que proyecte sus sombras en el agua. Las perspectivas paradisíacas llenan los ojos y el corazón de inefable poesía. Balanceo de barcas pescadoras, tripuladas por hombres bronceados en su hermandad con el mar. La isla de Tambo es una ingente esmeralda engarzada en el zafir de la isla. Pueblos blancos, jirones de vida hogareña, cobijados entre la exuberante vegetación. Sobre los tejados rojizos resaltan las torres del convento mercedario—flechas disparadas hacia el cielo como una oración—, con la cruz redentora que imparte bendición por la ribera.

En la otra orilla, ondulaciones numerosas de Lourizán; el colegio de Placeres cuajado de ojos de ventanas. El luciente poblado de Marín, con los pabellones nuevos de la Escuela Naval.

Cintas de oro de las playas, franquean la rueda dentada de la costa. Las gaviotas, en vuelos ondulantes, rondan los cantiles rizados de espuma. En

lontananza un horizonte de azul glorioso de cielo y azul turquesa del mar, camino del Oceano que pierde a muchos hijos de la tierra que se aventuran en procura del sustento cotidiano. Toda la nostalgia del emigrante, sus quejas y suspiros, ensombrecen nuestra alma:

*¡Adiós tamén, queridiña...
adiós por sempre quizais!...
Dígoche este adiós chorando
desd'a veiriña do mar.*

El sol entra en el ocaso. En la franja ecuórea resplandecen las luces crepusculares. Los zarcillos nubíferos se tiñen de carmin. Se aviva el trinar de los pájaros y la canción de las olas. Desciende la paz sobre los remansos de la ría:

*Cando a lumiña aparece
y o sol nos mares se esconde,
tod'e silencio nos campos,
todo na ribeira dorme.*

Las campanadas del Angelus se posesionan de la tranquilidad del ambiente; son llamadas melancólicas en la tarde sentimental, llamadas de unción y de recogimiento; solo un halo de religiosidad parece flotar por la ribera.

Allá entre frondas, arrulladas por cantos de pombas y ruiseñores, se destaca la casa blanca, con la promesa de la cercana felicidad:

*Non m'olvides, queridiña...
¡Miña casaña! ¡Meu lar!*



... la aldea adormecida bajo el cielo estival...

Clotilde y el bigote

P o r M A R I A U R O

QUISIERA narrar con pluma ligera y bellas frases, la historia de este amor sublime; amor que, a pesar de ello, ha quedado sepultado en el olvido por la incomprensión del mundo. Acaso, si en vez de llamarse nuestra heroína Clotilde se llamase Margarita o Mary Rosa, u otro de tantos nombres sonoros y musicales que arrullan nuestro oído, no hubiese sucedido esto. Pero se llamaba Clotilde, y era cajera de una prosaica y alimenticia tienda de ultramarinos finos, denominada «El Garbanzo Castellano». ¡Pobre muchacha delicada y frágil, de alma pura y cándida encerrada en esas cuatro tablas de «Caja»! Tu juventud no sabe de los días de sol, al aire tu cabellera perfumada, con paso decidido y sonrisa fresca de amanecer, disfrutando de un paseo matinal. Tampoco ha conocido el amor, Mejor dicho: si lo ha conocido, pero ha sido un amor triste, sin esperanzas, sin un horizonte de venturas e ilusiones... De tu casa a la tienda; después, otra vez a tu casa. En tí no han visto las personas que te trataban más que a «la señorita cajera». A tus patronos no les interesaba tu bienestar y salud más que por el mayor o menor rendimiento de trabajo. Y tu alma, ¿pensaron alguna vez que tú también tenías alma?

Y un día, como Clotilde no trataba ni conocía a ningún otro muchacho, se enamoró del hijo de «El Garbanzo Castellano». Se enamoró y adoró a aquel hombre como si realmente fuera el eje de la tierra, sobre el que giran todas las cosas de importancia en la vida. Todos sus gestos le parecían sublimes, sus actos trascendentales... Pero cuanto más le amaba, más tímida y también más torpe se volvía. Empezó a equivocarse en los cambios, a hacer mal las sumas, a olvidarse de las deudas, a quedarse ensimismada mirando fijamente a una pared con arrobos... como si fuera realmente el objeto amado. El principal, la reconvino varias veces, la amenazó, le puso horas extraordinarias de jornada para compensar las que perdía diariamente con sus distracciones; y, al fin, un día, cuando Clotilde llegó a su casa, aterida de frío, con los pies mojados y las medias pegadas a las piernas, sola y triste, su pobre madre le entregó un sobre cerrado. Aquel sobre era su sentencia de muerte: «Señorita Clotilde Fernández—decía—, por reducción de personal, hemos acordado prescindir de sus servicios de momento. Le acompañamos sus honorarios devengados, hecho el correspondiente descuento por varias deudas incobrables, debido a su acostumbrado desinterés por la Casa».

...

Desde aquel día empezó «la lucha por la vida» para aquella infeliz. Todos los días salía en busca de trabajo; leía los anuncios, ella misma se presentaba en las Agencias de Colocaciones... Todo inútil.

Una mañana de Abril, cuando se dirigía a la dirección de un anuncio en el que solicitaban «Señorita de buena presencia, con amplios conocimientos, se precisa en establecimiento de géneros de punto», sus ojos tropezaron con «algo» que le recordó fuertemente a su inolvidable amor. Se trataba de un señor de mediana edad, y aunque en todo era distinto a aquel hijo de sus antiguos patronos, en una cosa era semejante, tan semejante como dos gotas de agua: El bigote. Los dos eran

dueños de un bigote magnífico, frondoso y tupido, como desgraciadamente ya se ven pocos en estos tiempos modernos que, en su afán de simplificarlo todo, prescinden hasta de este complemento tan necesario a la elegancia masculina.

Pues bien: mi pobre protagonista, al descubrir a nuestro hombre cargado con su bigote, vió un rayo de sol. Sus ojos tristes y, a fuerza de tanta indiferencia a su alrededor, inexpresivos, pestañearon con júbilo y desde ese momento su único afán fué contemplar de cerca lo que tan vivamente le recordaba a su amado.

Una muchacha decidida no hubiera dudado en satisfacer su deseo del modo más sencillo. Quizá le hubiera pedido, francamente, que le dejara contemplar por breves instantes el mostacho objeto de sus vigilias, o pedido, tal vez, una fotografía para admirarlo a sus anchas en los momentos libres; pero a Clotilde, mi cándida Clotilde, todo candor e ingenuidad, tan apocada la pobre, incapaz de espantar una mosca sin pedirle toda contrita perdón por su conducta, se le presentó un terrible problema. ¿Cómo acercarse a él, Dios mío, si no le conoce?

Hechó andar tres él calle arriba, anda que te andarás. El del mostacho bajó al metro, Clotilde también; volvió a tomar la calle... Caminaba con tanta actividad que la chica tenía que hacer unas carreritas cortas y volver a andar de prisa, jadeante. Por fin, se paró delante de una parada del tranvía; Clotilde vió el cielo abierto. Ahora era el momento; ahora o nunca: «Anda, Clotilde, mujer, decisión, un poco de arranque, venga... Ya».

Se fué acercando poco a poco a él, con disimulo. No sabía como entablar una conversación que le permitiera mirarlo libremente. Por fortuna, como era la hora en que los empleados regresan a sus hogares a almorzar, los tranvías pasaban repletos y ya ni paraban. El señor se impacientaba, daba muestras de un humor endiablado. Debía tener mal carácter, y esto le complicaba más y más a Clotilde su plan.

Después de pensarlo mucho la muchacha se decidió. Con cautela, como si temiera ofenderle, le preguntó tímidamente: —Señor... usted no se llama Felipe, ¿verdad?

—No, desde luego; no me llamo Felipe, ni Alberto, ni Enrique, ni ninguno de esos nombres que usted quizá piensa que me llamo—contestó de mal talante—. Y, en fin de cuentas, ¿se puede saber por qué me lo pregunta?

Ella se vió en un aprieto; no sabía que contestar:

—No, por nada. Es que ¿sabe? tengo un tío que se llama Felipe y usted se parece tanto a él, que pensé que acaso la coincidencia llegaría hasta el punto de que los nombres fuesen también iguales. ¿No le parece? —Y se puso roja hasta las orejas, miraba al suelo, se retorció las manos, no sabía, en fin, que hacer. Hubiera deseado que la tierra la tragase, que en aquel momento se eclipsara el sol y quedase por completo todo a oscuras para echar a correr sin ser vista por nadie.

El desconocido no era malo en el fondo, y al ver el azoramiento de la infeliz se compadeció:

—Bueno, señorita, tiene usted razón. Cuantas veces pasan cosas semejantes. En la vida estamos para todo.—Y se sintió un poco galante: —¿Cómo le interesa que yo me llame? Mi

nombre es muy feo, me da vergüenza ponerlo a su disposición; pero ya vé, mi voluntad es buena. Me llamo Leonoro González, para servirla.

—Huy, pues no crea que es tan feo—respondió ella.

—Sin embargo, mi apellido... González. ¡Qué vulgaridad!

—Sí—dijo Clotilde—me atreví a confesarle que no es allá muy original, pero es muy honrado. En la tienda donde yo trabajaba he observado que no había ninguno en la lista de deudores y esto le honra mucho a los González, ¿no le parece?

Le simpatizó la chica y, para continuar la conversación, la invitó a tomar el tranvía.

—Señorita—le dijo—ya que no he podido complacerla en lo del nombre de su respetable tío, ¿me permite que le ofrezca el tranvía?

Ya en éste fueron un largo trecho en silencio: él quizá pensando en los mil problemas que surgían a menudo en su vida de viajante de botones; ella sin rumbo, solamente con la idea obsesionante, fija en aquel adorable bigote. Por otra parte, su situación le resultaba tirante: ¿qué pensaría don Leonor? Pero, ¡estaba tan abstraído y parecía tan serio!... Trató de reunir todas sus fuerzas para atreverse a iniciar una conversación, que le permitiera aclarar su situación violenta:

—Su bi...—empezó, balbuciente.

—Dígame, señorita—salíó él de su ensueño viajeril. Pero la miró tan serio y con un aspecto tan temerario que la infeliz se intimidó.

—Decía que «subí» tan aprisa que poco faltó para caerme—desimuló ella sonriendo tímidamente.

—Sí, es cierto—corroboró Leonoro con su asidua seriedad y distracción.

Otra laguna interminable de silencio. Clotilde quiere de nuevo contarle su vida para aclararlo todo.

—Su bi...—inicia nuevamente.

El de nuevo la mira. Ahora ya terrible, amenazador, casi salvaje.

—Me refiero a que «su vida» debe ser muy interesante.—Vuelve a mentir

Clotilde. Su afán es decirle claramente que lo que le llamó de él la atención, fué el singular parecido de los bigotes. Que no existía su tío Felipe... ¿pero cómo?, ¿quizá por carta? Su conciencia límpida no le permite insistir en el engaño..., pero, por otra parte, al confesarlo todo, sabe que desde ese momento ya no podrá contemplar lo que constituye su ilusión.

Leonoro González llega al término de su viaje, y como ni sus negocios ni su alma mercantil le permiten la pérdida de sus preciosos minutos, se despide de Clotilde citándola para el día siguiente en la misma parada de origen. También ha pensado que va entrando en años, que está muy solo, que no tendrá quien le cuide en una enfermedad, que la vida de pensión resulta incómoda y cara—sobre todo cara—y con una mujercita sencilla, humilde, como su viajera, quizá le resulte más arregladita y más económica. Ella es joven, ha dicho que trabajaba en una tienda, quizá pueda ayudarle también, después de sus labores de casa, a llevar su pequeña contabilidad.

...

Y así transcurren varios meses. Sus entrevistas se efectúan siempre de la misma forma. Sus conversaciones, invariablemente, versan sobre el tiempo, el gentío que acude a los tranvías a esas horas, el poco servicio... Docena más o menos de palabras, siempre sobre lo mismo.

Y un día, en uno de los acostumbrados viajes, le plantea él sus proyectos matrimoniales. Y ella, pobre muchachita tímida y soñadora, antigua cajera de «El Garbanzo Castellano», que dejó prendida entre el «Debe y el Haber» su almita consagrada al hijo de sus patronos, guapo mozo castellano, juerguista y dicharachero, que no se fijó nunca en la empleada de su padre, cierra los ojos casi con horror y calla; pero al volverlos a abrir, con lo primero que tropiezan es con el bigote de sus pesadillas y asiente. Asiente en todo con mansedumbre de animal cansado que solo ansía un lugar de reposo, una sombra fresca para tumbarse...

...

Ya no ve Leonoro a Clotilde en la parada del tranvía. Ya no luchan a empeñones con la gente para ganarse un puesto; ya no suda el prometido al sacar los treinta céntimos del bolsillo del chaleco, y a ella, a Clotilde, ya no le martirizan los oídos la campanilla seca y la voz opaca del tranviario: —El billete, señores...

Se ven en la humilde buhardilla de la novia. Pobrementemente decorada, pero en la que aún sonríen los tiestos de geranios en la ventana de su alcoba; y allí fijan la fecha final. La ceremonia será sencilla, breve. La madrina será la madre de Clotilde y el padrino... Ah sí, se lo pedirán al Sr. Paco. No creen que tenga inconveniente.

...

Ha llegado el día de sus bodas. Clotilde sale ataviada con un sencillo trajecito negro y cubre sus cabellos con mantilla de encajes, recuerdo y regalo de su madre. Ya en el altar, el sacerdote le hace la ritual pregunta y al levantar los ojos para contestar, los vuelve hacia Leonoro González. «Oh! Imposible, no puede ser». Y lo mira sorprendida y desilusionada; Leonoro ha querido esmerarse en su tocado y se ha afeitado el bigote. El sacerdote vuelve a preguntarle con impaciencia.

En un momento, Clotilde hace de tripas corazón, como suele decirse, porque sabe que la contestación será decisiva en su vida, y con un agudo grito, pronuncia un ¡no! como una casa y cae desmayada.

Sólo sabemos que don Leonoro González, sigue subiéndolo al tranvía a las dos de la tarde todos los días y que de su bigote ya nadie se ocupa.

(Ilustró: A. Portela).



... Echó a andar tras él
calle adelante...

NOSOTROS Y LA CRÍTICA

FINISTERRE, revista de Galicia.—Así se titula una interesante revista que ha comenzado a publicarse en Pontevedra bajo la dirección de nuestro querido amigo Emilio Canda, que a la vez financia la misma.

El primer número, que tenemos a la vista, está muy bien presentado y nos satisface extraordinariamente que se acometa la empresa de crear en nuestra tierra publicaciones de esta clase orientadas a la exaltación de cuanto hermoso, histórico y de otros valores Galicia encierra y permanece anónimo o apenas conocido por limitadas minorías.

En este primer número de FINISTERRE—también es acierto el nombre—colaboran destacadas plumas entre las que figuran Emilio Canda, Santiago Amaral, Joaquín Pesqueira, Antonio Fernández-Cid, Celso Emilio Ferreiro, Julio Francisco Ogando Vázquez, Antonio Román, Ramón Barreiro, Braulio Iglesias, W. Fernández Flórez, Jesús Carro García y otros.

Contiene asimismo la revista una amplia información gráfica de la inauguración de la Escuela Naval de Marín, con asistencia del Caudillo; actos diversos, deportes, peregrinaciones, visitas de personajes a Galicia, de sociedad, etc.

Deseamos a la nueva publicación los mayores triunfos y al querido amigo Emilio Canda, felicitamos cordialmente por su patriótica empresa.

La portada de este número es un dibujo de la fachada del Obradoiro, por Castro-Gil.

(De Pueblo Gallego)

FINISTERRE, revista de Galicia.—Con este título ha comenzado a publicarse en Pontevedra una magnífica revista de actualidades y literaria, dirigida por el literato Emilio Canda, y de la que es redactor-jefe el inspirado poeta y fino humorista Celso Emilio Ferreiro.

N. de la R.—Por exceso de original inaplazable, retiramos de este número, entre otros trabajos, las secciones de «Madrid a 30 días vista», «Teatro y Cine», «Libros» y «Página Infantil».



ESCENARIO

El público de los partidos de fútbol tiene una psicología especial. No aplaude o patatea como el público del teatro, según le agrade o no la obra que se somete a su veredicto. El público futbolero vocifera, chilla y con la misma tranquilidad con que el aficionado a los toros pide una oreja, aquél reclama que el jugador favorito rompa de una patada la espinilla del contrario. Después, al final del partido, agriede al árbitro que, según los expertos en la materia, es siempre el culpable de todos los descalabros.

Esta violencia del público de fútbol ha tenido recientemente una modalidad insospechada. Según los periódicos se celebró en el estadio de Río Janeiro un partido de fútbol en el que los jugadores hartos de los abucheos e insultos del público, arremetieron contra los espectadores, alguno de los cuales salió malparado de la refriega.

Si este saludable sistema prospera y se extiende por el mundo, no sólo en los torneos futbolísticos, sino también en todos los demás espectáculos, llegaremos a contemplar graciosos lances. El público dejaría de ser el «respetable» para transformarse en una masa amedrentada y sumisa que pediría perdón para toser y que antes de comenzar la escena, el concierto o el «macht», suplicaría la benevolencia de los protagonistas.

¿Quién se expondría entonces a provocar las iras de una vedette, de una actriz, de un concertista de violonchelo o de trombón, aplaudiendo sin calor sus actuaciones? ¿Quién iba a ser el guapo que no elogiase los puñetazos maestros de los boxeadores, los encontronazos encantadores de los futbolistas y el rítmico pedaleo de los ciclistas? ¿Y quién sería el matasiete que se atrevería a hacer la crítica de los espectáculos?

¡Cuántas ventajas nos reportaría a todos si esa saludable costumbre se impusiera en todas las latitudes!

CELSE DE CELA

La nueva publicación, de la que hemos recibido el primer número, está admirablemente editada por la imprenta pontevedresa «Gráficas Torres», que ya anteriormente había impreso la revista «Triunfal», y la publicación «Mar», que mereció recientemente un premio nacional.

El primer número de FINISTERRE consta de cuarenta páginas de texto literario, gráfico y de publicidad, y en él figuran firmas tan prestigiosas como las de Wenceslao Fernández Flórez, Joaquín Pesqueira, Emilio Canda, Santiago Amaral, Celso Emilio Ferreiro, Antonio Fernández-Cid, Jesús Carro, Francisco Ogando Vázquez, Antonio Román, Ramón Barreiro, Jesús Carro y otras no menos conocidas en nuestras letras regionales.

FINISTERRE, aspira a ser por autonomía la revista de Galicia, en lo que respecta a su arte, a sus costumbres, a su literatura, a sus bellezas naturales y a su idiosincrasia en general, y en verdad que, a la vista de esta primer muestra, podemos augurarle un gran éxito y que, efectivamente, sus propietarios y animadores conseguirán su loable propósito: que FINISTERRE, sea la revista de Galicia.

Eso les deseamos sinceramente.

(De Faro de Vigo)

LA VIRGEN DE LA FRANQUEIRA

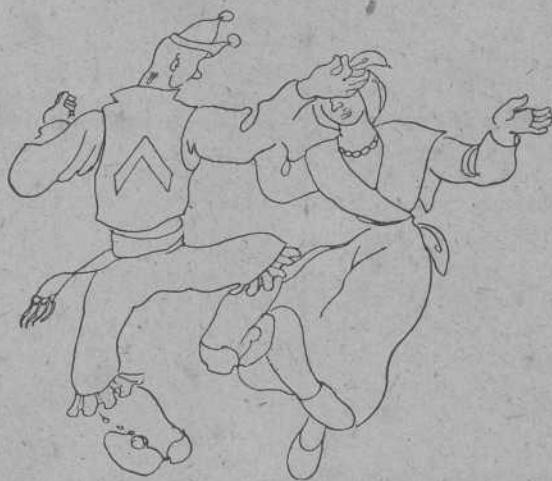
DE todas las romerías que se celebran en Galicia bajo el cielo limpio y propicio del verano, ninguna tan famosa y típica como la de Nuestra Señora de la Franqueira, Virgen amada del pueblo, por sus incontables milagros, por su leyenda hermosa y milenaria, digna de ser cantada por la lírica voz de nuestro Rey D. Alfonso el Sabio. En ella se condensa todo lo que en Galicia supervive de tradicional, de pureza racial, de manifestación delicada del alma galaica, ingénua y campesina, hecha de amor y de mística sencilla y piadosa.

Subir a lo alto de la Franqueira es acercarse al corazón de estas gentes privilegiadas y sufridas, heroicas e independientes. La comarca tiene un sabor antiguo de tierra trabajada. A la luz indecisa de la alba empezamos la subida hacia el santuario por un sendero que más bien parece una escalera. Nos cruzamos con romeros que hicieron de víspera su peregrinación, pasarán la noche al socaire del porche románico del Santuario, y oída la primera misa, tornarán a sus hogares. A nuestro lado pasan unas mozas. Traen encendidos unos farolillos y vienen descoloridas, los cabellos revueltos, hundidos los ojos llenos de resplandores de estrellas y sueños de una noche de verano. Al fin entramos en «a coutada da Virxe» y al trasponer el cercado se nos aparece ante los ojos el esbelto y gracioso campanario del Santuario. Nuestro acompañante, un indígena sabidor de sabrosas leyendas que nos relata en un lento hablar de rapsoda, evoca en este momento la figura de Aucupa, el caudillo sarraceno, que habiendo llegado a galicianas tierras, ordenó a su horda la destrucción de todas las iglesias, por cuya causa los fieles cristianos de la Franqueira ocultaron la Santa Imagen en un roquedal, al pié del que brotaba una clara fuente, hasta que, pasados muchos años plugo al cielo mostrar milagrosamente a un pastorcillo, el olvi-

dato lugar donde la Virgen yacía oculta, reconstruyéndose en aquel mismo sitio la ermita actual. El padre Juan de Villafañe, habla en una de sus obras de que «son tantos los milagros atribuidos a la Virgen de la Franqueira, que si se quisiera dar razón de todos ellos no cabrían en muchas páginas». Liberación de cautivos, resurrección de muertos, cura de apestados y tullidos. Milagros cuyo relato se trasmite de generación en generación, llenando de fervor el alma de los creyentes.

Pasamos el porche de la iglesia en el que puede admirarse un hermoso tímpano con una original representación de la Adoración de los Reyes Magos, y entramos en el templo, saltando sobre montones de cajas mortuorias traídas por voto de los ofrecidos que esperan la misa mayor vestidos—«empanados»—con hábitos de tarlatana. Al filo del mediodía comienza la misa solemne entre la algarabía de las campanas y el estallido de las bombas y cohetes.

Después se organiza la procesión. Ya está en el porche la yunta de bueyes, cubierta de mantas multicolores y de gualdrapas aldeanas, que portará el carro procesional de Nuestra Señora, labrada en piedra de granito negro por un artista desconocido de los primeros siglos. Entre los cantos litúrgicos y una marcha lenta de la





La imagen de la Virgen de la Franqueira sobre la carreta campesina para ser conducida en procesión.

charanga, comienza a rodar el carro, mientras los romeros pujan el honor de llevar la «aguijada» que guía los bueyes. A mi derecha mozos y mozas danzaderas trenzan un baile religioso, primitivo y sencillo como un viejo rito. Un grupo de «ofrecidos» entona una bella plegaria a la Virgen, en lengua vernácula:

*«Virxen da Franqueira,
que tes un meniño,
fainos levadeiro
o longo camiño.»*

*«Bendice os amores
do bomilde labrego
e dalle na chouza
quentura e sosego.»*

Al atravesar la procesión la plazuela del convento en ruinas, aparecen el *moro* y el *cristiano*. Según mi acompañante este moro es Birnarem, del que habla «O Ciprianillo», curioso libro de origen portugués, muy conocido de nuestros campesinos, en el que se relacionan tesoros y encantamientos fabulosos y se afirma que el bueno de Birnarem está enterrado en la Franqueira, «no pico do altiño, deitado sobre ouro e con zapatos refletidos de brillantes da coroa dun rei godo». El moro sufre encantamiento por un hada de las muchas que pueblan estos riscos y valles. Todos los años la comisión de festejos

lo hace comparecer ante la inofensiva dialéctica de un Capitán cristiano, que para convertirlo al cristianismo, sostiene con él un diálogo romanceado, lleno de ripios ingenuos, que producen alaridos de entusiasmo entre el auditorio boquiabierto y emocionado:

*«Detente mal mahometano
yo combatiré contigo.»*

Al caer la tarde el paisaje adquiere valor de estampa pastoril. Se oye el lejano chirrido de las carretas y el cantar de los romeros entonando alalás y pandeiradas. Ya terminó la fiesta religiosa y empieza la pagana. Cantan los ciegos, mendigan los pobres con una sonrisa truhanesca en el rostro cenceño. La gaita toca sin descanso. Cohetes, ruido. Parejas de zagales vestidos de colores vivos, con el cabello cubierto de cintas bailan danzas primitivas. Cuando llegue la noche volverán los campesinos a sus aldeas, alegres, descuidados, satisfechos. Las mozas lucirán rosas silvestres en sus trenzas de miel y los mozos en los sombreros o detrás de las orejas. Todos han compendiado sin saberlo, una historia milenaria. Regresarán a sus hogares, bajo las estrellas altas, donde, según la tradición gallega, se refugian las almas de los muertos.—C. DE C.

Foto de Pacheco. Dibujo de Portela.

Vida y milagros de la "Bella Otero"

LA "ANDALUZA" DE PONTEVEDRA

P O R

JOAQUIN PESQUEIRA

«Paris 7, 11 noche. Según el periódico «Le Petit Parisien», la bailarina española Carolina Otero, que se hizo célebre a fines del siglo pasado y comienzos del presente, ha fallecido en Casablanca. El citado periódico publica una extensa biografía de la «Bella Otero», en la que después de recordar que la artista se retiró en 1918, dice que poseía joyas de gran valor, entre ellas, un magnífico collar que había pertenecido a la Emperatriz Eugenia. Dice también que hasta hace poco residía en la Costa Azul, donde escribió sus memorias, que se publicaron con un prólogo de Gabriel D'Annunzio.» (De los periódicos.)

DOÑA Carolina Otero, la famosa bella Otero, cuya fama, por decirlo así, llenó un día el mundo, había afirmado no hace mucho tiempo a un periodista que nació en Andalucía y que era de la propia Sevilla: trianera. Esto mismo manifestó reiteradas veces: a un periodista argentino, cuando trabajó—creo que en 1899—en el Teatro Nacional de la calle Corrientes; a un periodista gallego, al Sr. Pan de Saraluce, en París, y a otro periodista madrileño, al pasar por Madrid, hace treinta años, para ver la Semana Santa de Sevilla. Más: también se lo repitió a Enrique Gómez Carrillo en diversas ocasiones y ella misma lo afirmó en el libro «Mis memorias», que le escribió un literato francés. Volvió insistir en ello, hablando con un escritor español. Y aquí, en Galicia, las gentes que toman en serio estas frivolidades se preguntan, con cierta indignación, por qué doña Carolina se avergonzaba de ser gallega, y piensan que Cristóbal Colón, el descubridor de América, hizo como ella: renegó de su tierra natal.

Pero, a lo inverso de lo que acontece con Colón, hay pruebas fehacientes y testigos de excepción para demostrarla oriundez gallega de la

Otero: me refiero, de un modo principal, al escritor Luis Bonafoux, al cura párroco de Puente Valga, Sr. Carrandán, y al literato pontevedrés D. Torcuato Ulloa. (Luego hablaré de otros testigos). Luis Bonafoux, que la trató íntimamente en París y que la llamó «la mujer española más grande que vive en el extranjero» ha dicho muchas veces que la Ote-



Casa donde nació la «bella Otero»
(Apunte del natural, por Sanmartín)



Carolina Otero en la plenitud de su belleza fascinadora.

ro hablaba admirablemente el francés y el inglés, y que, en cambio, hablaba el castellano como la campesina gallega que era en realidad y a pesar de todo. En su libro «Bilis» dice, más o menos, que los deshechos de sus trajes los mandaba al párroco de su aldea gallega para que los repartiese entre los pobres, y como los pobres aquí no se visten con sedas, el sacerdote hacía con ellos vestidos para la Virgen: por eso—agrega—la Virgen de su aldea es la mejor vestida de la comarca. Aquel párroco—ya difunto—a que se refería Bonafoux era el señor Carrandán, carlista exacerbado, a quien hemos conocido mucho. Este sacerdote, efectivamente, recibía de la Otero, con frecuencia, cartas en francés, que se hacía traducir, y repartía entre su familia y los pobres del pueblo el dinero que solía enviarle la artista. Era una especie de limosnero suyo, y admiraba y apreciaba a la Otero, por sus caridades, con un afecto verdaderamente sincero. «E moito millor—nos manifestó, en gallego, en más de una ocasión—que ciertas mulieres ricas que pasan por virtuosas». El Sr. Carrandán loaba siempre la virtud caritativa de la Otero: lo demás, sacerdote de manga ancha, muy humano y muy gallego, no le importaba. Para él sólo valían y pesaban las cualidades buenas y las malas las disculpaba, porque comprendía que la vida es muy dura y fuerza al pecado. El otro testigo, D. Torcuato Ulloa, tuvo también con la Otero una amistad muy íntima, y conserva de ella una interesante colección de cartas. Hemos tenido algunas en nuestras manos. Pero doña Carolina Otero se enojó para siempre con él cuando este escritor declaró—me parece que en 1898—en la revista «Galicia Moderna», de Pontevedra, que la famosa

bailarina había nacido en Puente Valga. Fué, pues, el señor Ulloa quien, por primera vez, dió tal noticia al mundo. Sin embargo, la vida admirable y triunfal de la Otero se conocía muy bien en Valga. Y naturalmente todas las mozas guapas del contorno la envidiaban y esperaban, con igual derecho, en su fuero interno, que algún día ellas también podrían adquirir fortuna y gloria y vivir ricamente en París de la Francia.

Para buscar más datos hemos ido una tarde a Puente Valga en la carretera de Caldas de Reyes a Puenteceures. Valga es un pequeño municipio aldeano, muy pintoresco y muy verde, bañado por el río Ulla en su desembocadura: un pueblecito de agricultores, de gente buena y abierta. Nos dirigimos primero a varios ancianos que, en una tibia tarde invernal, tomaban el sol a la puerta de sus casas. Todos recordaban perfectamente a la Otero y todos, el que más y el que menos, le debían favores. «Era la mejor moza del pueblo», nos dicen. Y lo dicen con sinceridad y con emoción. «La cara más bonita que hubo por aquí», agregan las viejas. Todos, a una, opinaban que fué una mujer de suerte, y que por su belleza y su bondad merecía esa suerte. Y por vez primera oímos que la Otero no se llamaba Carolina. Este es un nombre que ella se puso, seguramente por parecerle más fino y más eufónico. Se llamaba en realidad, Agustina Otero. En una estrecha callejuela nos enseñan la casa en que nació y se crió: una casita pobre, terrefia, como de campesinos poco holgados. Hace pocos años aún vivía en ella la madre, la señora Carmen, que en sus buenos tiempos fué también una bella moza. Ahora la habitan unos sobrinos, hijos de una hermana, y esta hermana conserva todavía, a pesar de sus duros trabajos, restos de una gran hermosura. La familia de la Otero es una familia de mujeres bonitas, y aún sus sobrinas son hoy las mujeres más jarifas y vistosas de la aldea. Hablamos con ellas un momento y muestran por su tía admiración, orgullo y gratitud. Gracias al dinero que la Otero envió frecuentemente la familia disfruta de una relativa situación desahogada y «no deben nada a nadie». Pero actualmente, al parecer, el dinero no venía con la profusión y abundancia de antes. «Es que ahora —nos dicen— la pobre no podrá tanto». No obstante, la familia y mucha gente del pueblo la llenan de bendiciones por todo el mucho bien que hizo. La bondad alcanza siempre su premio. Y el prestigio de la Otero tiene aquí, por lo que veo y oigo, por sus limosnas, por sus favores, por lo que en el mundo se ha hablado de ella, una fuerza, un arraigo y una popularidad verdaderamente ejemplares.

Nuestro distinguido amigo D. Eduardo C. Morado, digno secretario del Municipio de Puente Valga, nos acompaña a la rectoral y nos presenta al coadjutor «in capite» de la parroquia de San Miguel, D. Ramón Rodríguez Campos. Deseamos ver la fe de bautismo de Carolina Otero, y el buen sacerdote, gentilmente, revuelve unos libros del archivo parroquial. Aquí está, al folio 193 del libro 4.º de partidas bautismales. Dice así: «38. Agustina, hija de Carmen Otero. Puentevalga. En veinte de diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho, yo, el pres-

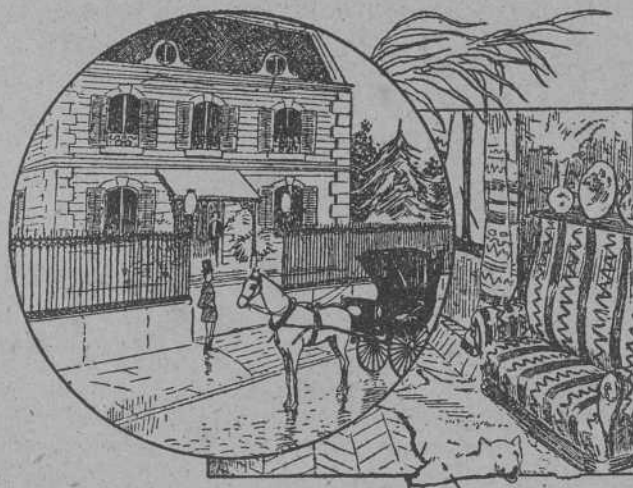


La Otero en una de sus artísticas interpretaciones.

bitero D. Andrés Senlle y Castro, cura párroco de San Miguel de Valga, en la pila bautismal de su iglesia parroquial, bauticé solemnemente y puse los santos óleos y el nombre de Agustina a una niña que nació en el día anterior, hija de padre incógnito y de Carmen Otero, soltera, natural y vecina de Puentevalga, sus abuelos paternos son desconocidos; maternos, Isidro Otero y su mujer Dolores Iglesias; fué su madrina Josefa Valentina Vicente, soltera, hija de Francisco y de Agustina Consiño, natural y vecina, como los abuelos maternos, de esta referida parroquia, a la que advertí el parentesco espiritual y más que dispone el ritual romano; y para que conste lo firmo como cura párroco: Andrés Casimiro Senlle... Efectivamente: como se ve, la Otero no se llamaba Carolina, sino Agustina. Y contaba actualmente—aunque sea una indiscreción decirlo y publicarlo—la edad de 75 años: no era, pues, tan vieja como la gente de ahora venía suponiendo.

¿Y no será, asimismo, una indiscreción, una falta de galantería contar su historia verdadera? ¡Se han inventado tantas fábulas, tantas novelas alrededor de la figura de esta admirable mujer! La fama de la Otero, ya un poco marchita, ya un poco apagada, pero que llenó un día el mundo de polo a polo, y a quien se llamó muchísimas veces la mujer más bella de Europa, bien merece que narremos rápidamente esa historia, aunque sobre ciertos pasajes pasemos como por sobre ascuas. Porque el fuego quema... Aquellos de nuestros lectores que hayan visto o leído «La Casa de la Troya», de Pérez Lugín, recordarán seguramente un personaje alcohólico sempiterno, hazmerreír de los gallofos y «rillotes», que había sido amante de una artista célebre y que sólo vivía del recuerdo de aquel amor. El hecho es cierto: la artista—que lo fué después—era la Otero. La joven Agustina, en la flor de su edad, marchó un día de su aldea a Compostela como criada de servir. Allí

(Termina en la página 37)



La residencia de Carolina Otero, en París.

EN EL XX ANIVERSARIO DEL
TRASLADO DE LOS RESTOS DEL POETA
PASTOR DIAZ

VIVERO Y FLORENCIA

En todo estudio y en toda
comparación nos valemos
de una representación material,
para poder ver con los ojos del
espíritu lo que primero ven los ojos del cuerpo.

Por eso *Avenpace* para pintar la vida se ha va-
lido de la flor como simil: "la vida es como una flor
que en la noche de la muerte desaparece..." y esta
misma idea han repetido los poetas de todas las na-
cionalidades valiéndose del mismo simil: "sueños y
flores".

Los poetas árabes para expresar la grandeza de
España hacen comparaciones entre nuestro suelo y los
otros países que han visto: "España—han dicho—es
la Siria por lo suave de su clima, es el Zemen por lo
fecundo de la tierra, es la India por sus flores..."

Suiza viene comparándose con un sanatorio:

"Suiza es el Sanatorio de Europa..." y Galicia es
la "Suiza Española".

A nosotros se nos antoja ver algún simil entre Vi-
vero y Florencia.

Florencia y Vivero son dos ciudades. Ciudad es
"civita", es decir "civilización". "Pero a veces—escri-
be A. Jaén—de "civitas" se pasa a "caput", cabeza; y
ciudad y río, cabeza y brazo han realizado, en recípro-
ca integración, toda una vida y magnificado una his-
toria". Ahora bien: el río de Florencia es el Arno; el
de Vivero es el Landro.

El Arno a Florencia y el Landro a Vivero han re-
galado un "vergel de flores..."

—Decir Florencia es decir "Patria de flores", y
decir Vivero es decir "Valle de flores..."

Florencia ha tenido un "poeta" que, lejos de las
orillas del Arno, cantó tristezas y amarguras llo-
rando por su "Patria de flores".

Valdeflores, la "Florencia pequeña", también ha
tenido un cantor que lejos de Vivero suspiró por el
Landro.

"Llévame de mi Landro a los verjeles,
Y allí, muerte piadosa,
Bajo los mismos sauces y laureles
Do mi cuna rodó mi tumba posa..."

—Decir Florencia es decir Dante—; decir Vivero
es decir Pastor Díaz.

Y entre el hijo de Florencia y el Vivero también
hay semejanzas.

Dante y Pastor Díaz han amado—. El amor de
Dante es "una joven ideal": Beatriz; el de Pastor
Díaz es Lina. Pero... ¿quién a visto una joven ideal?
Dónde están las verdaderas Beatrices y Linas?...

Dante llora la muerte de Beatriz y perdido "in-

POR

ENRIQUE CHAO ESPINA

mezzo del camin di nostra vita
busca la amada en el Purgato-
rio y en lo profundo del In-
fierno...

Y también Pastor Díaz busca y suspira por Lina
que ha visto expirar:

—“La he visto ¡ay Dios!... al sueño en que reposa,
Yo le cerré los anublados ojos,
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd...”

Dante, acompañado de Virgilio, después de un lar-
go viaje, llega a ver a Beatriz que es algo ideal: es
la Teología personificada.

Pastor Díaz, también acompañado de una ilusión
y de un recuerdo, ve a su amada Lina, que también
es algo ideal, bajo una yerta losa:

—“De ti quedó un recuerdo de hermosura,
De ti esa sombra que implacable miro;
De ti esa voz de muerte y de ternura,
Ese que vaga universal suspiro...”

—Decir Dante es decir Beatriz—, decir Pastor
Díaz es decir Lina.

El hijo de Florencia ¡ay!... murió desterrado y
desengañado de las "flores que tienen espiuas", vió a
Beatriz más allá del sol y anheló aquella otra patria
mejor: el "Cielo..."

Pastor Díaz tampoco murió en Valdeflores pero,
antes de morir, también se trazó el mismo camino de
Dante señalando el firmamento:

—“Su bóveda es mi escala.
Allí tiene mi vuelo
Marcadas ya sus rutilantes huellas.
Yo surcaré la esfera y las estrellas...
Mi camino es el cielo...”

—¡Oh Vivero! — ¡Valle de flores...,— en el mundo
de las ingratitudes y destierros hay "sendas", de tran-
quilidad y sosiego: son las sendas que cantaron "Ho-
rario y Fray Luis... Dante y Pastor Díaz..."

Y en Vivero, en medio de un "Vergel de flores",
los negros muros de un convento encierran en el reti-
ro de sus claustros flores espirituales, infinitamente
mejores que las del "valle".

Son las flores de las virtudes por las que tanto
suspiró Pastor Díaz:

"Que pueda la virtud mullir de flores
Para los dos un lecho.
"Alcémole, mi bien, en la espesura
Que este valle guarece.
"Lejos del mundo que con risa impura
La inocencia escarnece.
"Y no importa que oscuros y olvidados
Nos rechace aquí el suelo.
"Si nos ven a su gloria aproximados
Los ángeles del cielo".



Un nuevo templo en CARBALLINO

Palacios, autor del magnífico proyecto

POR ALBERTO CAMBRONERO

La primera piedra del palacio religioso fué colocada el día 26 de Junio del año actual.

Ya todo marcha por el camino de la realidad y en breve, si las ayudas económicas no faltan, se alzará el templo con la majestuosidad de su torre principal sobre los tejados del pueblo carballinés.

La inauguración del Templo de la Vera-Cruz, que así se llama, se hará y consagrará al culto de San Cipriano, Patrono de la villa orensana. Y aquel día, el pueblo carballinés contemplará satisfecho la figura de su iglesia parroquial sobre el azul de su cielo, el sacerdote D. Evarista Vaamonde sentirá la emoción de ver su idea trocada en hecho y la alegría de sus esfuerzos recompensados y Galicia, esta Galicia dulce y soñadora, risueña y melancólica, musical y artística el placer de contar con un templo más desde el que sus hijos eleven a Dios la verdad que un ascético ambiente hace brotar de los corazones humanos.

Carballino, Setiembre 1943.

MIENTRAS el autobús camina pesadamente sobre la sinuosa carretera, a seiscientos metros sobre el nivel del mar, contemplo bajo mis ojos, a los que llega un aire seco y frío, variados paisajes henchidos de gozo por la templada caricia del sol. La carretera dibujada en la cima de la montaña semeja un puente tendido en el aire entre el aguafuerte brusco de la tierra y la esfumada serenidad del cielo. La naturaleza se muestra repoblada o estéril, rugosa o llana, como si obedeciese el mandato de una mano caprichosa. A lo lejos vense montones de casas. Al principio ofrecen un aspecto vulgar, como el de cualquier otro pueblo que en el horizonte asomase. Entramos por una calle larga y estrecha. El autobús se para. Ya estoy en Carballino. Pero bueno, dirá el lector ¿qué sucede en Carballino? ¡Ah! Carballino es un pueblo gallego al que han dado fama sus sulfúricas aguas de cuyos efectos guardarán grato recuerdo en lo más íntimo de su historia, de esa pequeña y variable historia que todo el mundo tiene, miles y miles de almas a través de los años; Carballino es un lugar elegido porque su situación entre montañas lo hace salubre y bonito a la vez; Carballino posee, gracias a la filantropía de unos hijos benefactores, un amplio y delicioso parque sorpresa de cuantos lo admirarán por vez primera; pero es que además Carballino va a contar en breve con algo nuevo que admirar: el más amplio y hermoso templo de Galicia, buscando, claro, entre los de más moderna construcción.

Movido por la curiosidad (que luego ha de ser informativa) me dirijo hacia la iglesia local en donde conozco al Sr. Cura párroco D. Luciano Evaristo Vaamonde, el cual me recibe con su característica bondad e informa con prontitud y sencillez sobre el cómo y el porqué del nacimiento de tan magnífico proyecto. Carballino cuenta en la actualidad con unos 3.000 fieles y dispone para la celebración de los cultos de un solo templo con capacidad para albergar unos 400 fieles. Naturalmente los números demuestran la insuficiencia e incapacidad del edificio actual. Y entonces surgió y tomó cuerpo en el cerebro y en el corazón piadoso de don Evaristo Vaamonde la idea de la construcción de un templo que diera satisfacción a las necesidades del culto. Claro está, el señor párroco trata de ocultarse a los ojos del orgullo y este detalle tengo casi que adivinarlo. Durante diez años albergaba el sacerdote esta idea. Durante los diez años las fatigas y las contrariedades de toda índole no bastaron a matarla, sino a robustecerla. Hasta que al fin, ya formada la Comisión encargada de llevar a cabo el proyecto se escribió al arquitecto gallego D. Antonio Palacios para que tuviese a bien encargarse del trazado de la iglesia. Y Palacios, con su mano genial de artista, trazó en efecto el boceto de un templo, cuyas líneas puede admirar el lector en el cliché que ilustra esta página. Su aspecto es el aspecto suavemente místico que llevan en sí los grandes edificios consagrados al culto de Dios. Hay en su inimitable silueta los trazos característicos del más puro dominio estilístico del concepto litúrgico. Armonía, grandiosidad, esbeltez, todo cuanto pudo hacer la mano cariñosa de un gallego que daba a su pequeña tierra el valor de su arte.

La primera visita que hizo el Sr. Palacios a Carballino fué para entregar los planos terminados de la obra.

¿Es usted aficionado a la fotografía?

Tome parte en nuestro
C O N C U R S O
y mándenos sus fotografías sobre motivos gallegos: paisajes, monumentos, composición, figuras, etc.

PRIMER PREMIO: 200 Ptas.
SEGUNDO " 100 "
TERCER " 50 "

Las fotos premiadas serán publicadas en la portada de nuestra Revista, como también todas aquellas que, a juicio de los seleccionadores, merezcan tal distinción.

El plazo termina el día 31 de Diciembre de 1943.

Comendile

JUAN de Picouto, durante su vida había observado una conducta deplorable. Los siete pecados capitales, añadidos a otros cuantos que él había inventado, formaban todo su «patrimonio» espiritual. Cuando murió, su mujer recibió la mayor alegría de su vida, al verse liberada de aquel hombre que —Dios le haya perdonado— aparte de otros defectos menos imperdonables le era constantemente infiel, enzarzado siempre en aventuras femeniles.

Cuando iban a llevarse el cadáver de Juan Picouto, su viuda, no solo tenía el semblante sonriente, sino que tampoco salía a despedirlo con gritos y lindezas, como era costumbre piropar a los muertos en la aldea. Las viejas comadres instan a la viuda para que lo «despida» y ésta, haciendo de tripas corazón, se asomó a la ventana, y después de buscar en su memoria una palabra que, sin ofender al muerto, sintetizase toda su vida de crápula, gritó con voz estentórea:

—¡Adiós Don Juan «Tinorio»!



UNA muestra más del proverbial espíritu de sacrificio del soldado gallego, así como de su estoica resignación ante las penalidades de la campaña.

Era en los campos de Teruel, bajo el frío tremendo de aquellas jornadas épicas. Pepiño —un soldado cualquiera de los muchos que se cubrieron de gloria por las tierras de España— se hallaba a la puerta de su chabola, acurrucado, mirando a la lejanía, callado, fatalista, solo consigo mismo. Acertó a pasar por allí su Capitán, que al verlo sin abrigo alguno, a la intemperie, le interpelló:

—¿Qué haces ahí? ¿No tienes frío?

—¿Y para qué quiero el frío, si me han robado el capote?

ANITA Flores —que poco después fué «vedette» en el Maravillas de Madrid— se hallaba actuando en el desaparecido café Unión de Orense, en ocasión de una huelga general como protesta de la paralización de las obras del ferrocarril Zamora-Orense-La Coruña.

El local se llenó de tal modo que hubo necesidad de cerrar las puertas para evitar la invasión popular de las gentes en asueto. La gentil artista cosechaba abundantes aplausos y, queriendo corresponder al favor del público, se adelantó a las candilejas y dijo con su más graciosa sonrisa:

—Estoy verdaderamente conmovida, y mi deseo es complaceros en cuantas peticiones me hagais. Vosotros hareis el programa. Para empezar, ¿qué queréis?

Claudio Tesouro, «Duque de Merrendín», que se hallaba en un rincón, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Queremos el ferrocarril!!!...



LA esposa de un conocido rascacueros enriquecido con la guerra, presumía en una reunión, del lujo, comodidad y buen gusto con que tenía instalada su casa, resaltando, ante la admiración de las comadres que la escuchaban, las ventajas de que cada familiar tuviese su cuarto de baño individual, y añadía:

—Con decirles que hasta por tener tenemos cada uno un cepillo de dientes...



VIVIÓ, no hace mucho tiempo, en Pontevedra un pobre diablo, completamente dominado por su mujer, a la que tenía un pánico verdaderamente cerval.

Una noche, hallándose reunido con varios amigos, fué invitado a participar de una «cuchipanda» organizada con no importa que pretexto.

Nuestro personaje no se atrevió a negarse, pero apuntó tímidamente que tenía que ir a avisar a su mujer.

Sus amigos le acompañaron hasta su casa y esperaron por él en el portal.

Al poco rato se oyó arriba un alboroto de consideración, carreras, rodar de sillas, caída de objetos, amenizado con una variada gama de insultos proferidos por la aguda voz de la consorte de marras.

Transcurridos unos minutos, y cuando sus amigos se disponían a huir de la tormenta conyugal, vieron bajar al marido hecho una verdadera lástima: el cabello revuelto, la corbata torcida y en las mejillas evidentes señales de la «caricia» de unas uñas femeninas.

Ante el asombro de la asamblea, informó a sus amigos con el tono más natural e inocente del mundo:

—Vámonos. No hay nadie en casa.

PUGA, el famoso «Picadillo», el de las sabrosas recetas culinarias, era un hombre gordísimo, de tan imponente «humanidad» que en el teatro tenía un asiento especial, formado por dos butacas «ad hoc».

Un día paseando por Santiago causó la admiración de una campesina que nunca lo había visto y que, asombrada de lo que ella consideraba un fenómeno increíble, empezó a llamar a gritos a unas vecinas que estaban dentro de un comercio.

—¡María, Teresa, vinde a ver! ¡Hay Jesús, que home tan gordo! Vinde a velo.

«Picadillo» que se había parado pacientemente para dejarse admirar por las campesinas, al ver que éstas tardaban increpó a la primera:

—Teño moita prisa. Si non veñen pronto, voume.



NOTA. — Para esta sección se admite colaboración espontánea.

Vida y milagros de la "Bella Otero"

(Viene de la página 33)

pasó por lo que tenía que pasar. Un compostelano que la conoció, hombre veraz y serio, me asegura que la Otero dió el salto a París en compañía de un artista francés, pintor o escultor, que de pronto apareció en las ruas de la vieja ciudad gallega. Allí aprendió a bailar.

El drama de un suicidio y el escándalo consiguiente le proporcionaron la popularidad del «Boulevard». Aún se bailaba el «cancan» y se llenaban los teatros de la opereta bufa: eran los postreros rescoldos del romanticismo que moría y del último imperio. La belleza de la Otero—belleza morena, de ojos negros, meridional—triunfó. Luego, otro suicidio—¡qué fácil y lindo era suicidarse en los tiempos de Dumas (hijo)!—aumentó su triunfo. Y vinieron el dinero a millones, los trenes lujosos en el Bois y en la Costa Azul, la ruleta de Montecarlo y los éxitos estruendosos en los teatros de París, la popularidad mundial y los retratos en las cajas de fósforos. Fueron los años de oro de la Otero... Pero después, como todo pasa en el mundo y se desvanece como el humo, y como todo se hace viejo con el tiempo, la popularidad fué disminuyendo, la fama fué apagándose y la belleza fué agrietándose. «Juventud divino tesoro—dijo Rubén,—que te vas para no volver». Y con la juventud, la hermosura. En las cajas de fósforos aparecieron los primeros anuncios de artículos industriales; los monarcas y potentados dejaron de mantener amantes aparatosas; la revista francesa se hizo ñoña; apareció el primer tango en los cabarets de París, y la gran guerra aplastó después completamente los restos deleznables del mezquino frivolidismo, que aún quedaban por los escenarios y los bulevares. Y esta fué la pequeña tragedia de la Otero, que en 1914 ya tenía 46 años de edad.

De todo esto, sólo una cosa interesa a los gallegos: afirmar que una gallega fué una vez la mujer más bella de Europa.

En el próximo número publicará

FINISTERRE
Revista de Galicia

entre otros no menos interesantes, los
siguientes trabajos:

PONTEVEDRA Y EL MAR

El famoso violinista Manuel Quiroga
se halla en París convaliente de
su accidente.

Biografías apasionadas

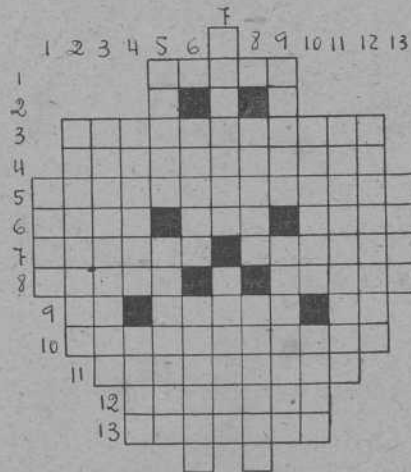
Confesiones de Pilar Millán Astray

Silueta psicológica de Gelmírez

TOREROS DE GALICIA

CRUCIGRAMA NÚM. 2

POR QUIQUE

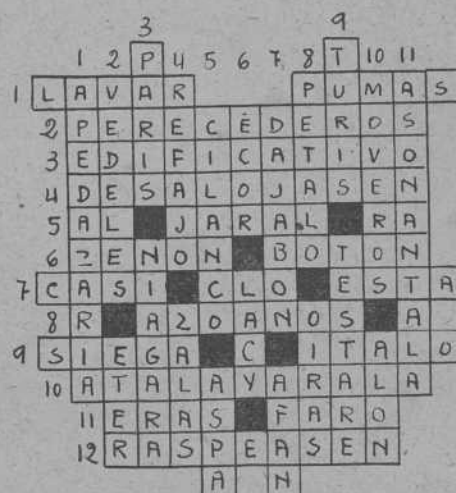


HORIZONTALES: 1.º Ciudad rusa a orillas del Krupka.—2.º Vocal. Vocal. Consonante.—3.º Mujer que pretende mucho.—4.º Fuerza que retrasa.—5.º Repélenselas.—6.º Repeticiones de sonido. Onomatopeya del canto de la rana. Puerto de Siria.—7.º Soldado de un cuerpo de caballería rusa. Aderezar.—8.º Tal vez. Al revés, acerté.—9.º Terminación verbal. Perteneciente al caudal que lleva la mujer al matrimonio. Negación.—10.º Sales usadas contra el reumatismo.—11.º Nombre de varón, en plural.—12.º Resaltas.—13.º Hará el borrico.

VERTICALES: 1.º Al revés, y fonéticamente, crear.—2.º Que se desarrollan antes de tiempo.—3.º Descansarán.—4.º Cicutas menores. Instrumento musical.—5.º Quitad la vida. Manuscritos antiguos.—6.º Jefe noruego, que descubrió la Groenlandia en el siglo X. Hijo de Urano y de Gea.—7.º Cubrir el agua. Cuña de barro que ponen los alfareros en el horno para evitar que se peguen las piezas al cocerse.—8.º Bote muy ligero. Al revés, cójola con engaño.—9.º Al revés, bastón de junco flexible, en inglés. Desvariar.—10.º Trozo de melocotón seco. Todo lo que es o existe.—11.º Pertenecientes a las sílabas.—12.º Criadas de la reina.—13.º Esposa de Abraham.

La solución en el próximo número.

SOLUCIÓN DEL CRUCIGRAMA ANTERIOR



RAYMUNDO VAZQUEZ

CONSTRUCCIONES EN GENERAL

CENTRAL PONTEVEDRA

OLIVA, 67 - TELÉFONO 66

MADRID: Oficinas provisionales

ALCÁNTARA NÚMERO 6

EL FERROL DEL CAUDILLO

ESPARTERO, 7-13 - TELÉFONO 100

SANTIAGO DE COMPOSTELA

APARTADO 57 - TELÉFONO 1239

VIGO: Rep. Argentina, 13.-Tel. 3332

ORENSE: Avenida Zamora, 18

LA CORUÑA: Ofic. provisionales

FONTÁN, 3-1.º - TELÉFONO 1137

